El milagro más grande del mundo

Og Mandino



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Capítulo I

¿La primera vez que le vi?

Estaba, él, alimentando a las palomas.

Este sencillo acto de caridad no es por sí mismo un espectáculo poco común. Cualquier persona puede encontrar ancianos que parecen necesitar una buena comida arrojando migajas a los pájaros en los muelles de San Francisco, en la Plaza de Boston, en las aceras de Time Square, y en todos los sitios de interés del mundo entero.

Pero este viejo lo hacía durante la peor parte de una brutal tormenta de nieve que, de acuerdo con la estación de noticias de la radio de mi automóvil, ya había derribado el récord anterior con veintiséis pulgadas de miseria blanca en Chicago y sus alrededores.

Con las ruedas traseras de mi automóvil girando había logrado finalmente subir la leve inclinación de la acera hacia la entrada del estacionamiento, que está una calle más allá de mi oficina, cuando me percaté por primera vez de su presencia. Se encontraba de pie bajo el monstruoso fluir de la nieve sin prestar atención a los elementos, mientras sacaba de una bolsa de papel café lo que parecían ser migajas de pan, echándoselas a un grupo de pájaros que revoloteaban y descendían alrededor de los pliegues de su capote, que casi le llegaba a los tobillos.

Le observé por entre las barridas metronómicas de los sibilantes limpiadores mientras descansaba la barbilla en el volante, tratando de producir la suficiente fuerza de voluntad para abrir la portezuela de mi automóvil, salir a la ventisca y caminar hacia la puerta del estacionamiento. Me recordó aquellas estatuas de San Francisco para jardines que pueden verse en las tiendas de plantas. La nieve casi cubría completamente sus cabellos, que le llegaban hasta los hombros, y le había salpicado la barba. Algunos copos se habían adherido a sus espesas cejas acentuando más sus pómulos salientes. Alrededor de su cuello había una correa de cuero de la cual pendía una cruz de madera, que oscilaba cuando repartía pequeñas partículas de pan. Atado a su muñeca izquierda había un pedazo de cuerda que se dirigía hacia abajo, donde se enrollaba en el cuello de un viejo *baset,* cuyas orejas se hundían profundamente en la acumulación de blancura que había estado cayendo desde ayer por la tarde. Mientras observaba al viejo, su cara se iluminó con una sonrisa y empezó a charlar con los pájaros. En silencio sacudí compasivamente la cabeza y agarré la manija de la puerta.

El recorrido de cincuenta y ocho kilómetros desde mi casa hasta la oficina había requerido tres horas, medio tanque de gasolina y casi toda mi paciencia. Mi fiel 240-Z, con la transmisión emitiendo una constante y monótona queja en primera velocidad, corrió a través de un terreno irregular rebasando un sinnúmero de camiones y automóviles descompuestos a lo largo de Willow Road, Edens ExpressWay, Touhy Avenue, Ridge, la parte este de Devon y la intersección de Broadway hasta el estacionamiento de la calle Winthrop.

Había sido una locura de mi parte intentar llegar al trabajo esa mañana. Pero durante las tres últimas semanas había estado viajando por Estados Unidos promoviendo mi libro *El vendedor más grande del mundo,* y después de haber dado cuarenta y nueve audiencias para radio y televisión y dos docenas de entrevistas para los periódicos, donde dije que la perseverancia era uno de los secretos más importantes del éxito, no me quise dejar vencer ni siquiera por esa bruja enojada que es la madre naturaleza.

Más aún, había una junta de directores programada para el próximo viernes. Como presidente de la revista *Success Unlimited* necesitaba, este lunes y todos los demás días de la semana para revisar lo

realizado el año anterior y los proyectos para el próximo con cada uno de los jefes de departamento. Quería estar preparado, como siempre lo he estado, para contestar cualquier pregunta inesperada que se me hiciera cuando estuviera de pie ante la cabecera de esa enorme mesa de la sala de juntas.

El estacionamiento, que se encontraba en el centro de un vecindario ruinoso, cambiaba su carácter dos veces cada veinticuatro horas. Durante la noche era ocupado por vehículos que podrían ser vendidos como chatarra por cualquier digno negociante de coches usados. Estos automóviles pertenecían a los moradores de los apartamentos locales que no habían podido encontrar lugar en la estrecha calle que dividía los edificios llenos de hollín. Después, cada mañana, todos partían en un éxodo masivo hacia las fábricas locales y suburbanas, y el descampado se llenaba de Mercedes, Cadillacs, Corvettes y BMW al venir, procedentes de los suburbios hacia la ciudad, abogados, doctores y estudiantes de la Universidad de Loyola, cada cual a lo suyo.

En cualquier otra época del año el descampado era una mancha despreciable, una bofetada para todos los residentes de la zona. Durante todo el tiempo que he dejado mi coche en ese lugar he visto a sus propietarios hacer toda clase de intentos para quitar basura, periódicos atrasados, latas y botellas de vino vacías que se acumulan en sus propios montones de enfermedad contra la valla de cadena oxidada. La única razón por la que el estacionamiento ha sobrevivido es porque no había otro lugar donde dejar los automóviles en un perímetro de diez manzanas.

Hoy, sin embargo, con los pecados enterrados debajo de casi un metro de nieve, el descampado me recordó un tramo de la playa Pacific Grove, de California, aun a pesar de sus montes blancos que habían sido automóviles hasta ayer. En apariencia, los habitantes locales no habían salido esta mañana. Probablemente habían observado sus automóviles enterrados, que ahora estaban convertidos en iglúes, y, o se habían ido en autobús o habían regresado a la cama.

La entrada al estacionamiento estaba flanqueada por dos postes de cemento, con una distancia aproximada de tres metros, sobre los que descansaba un tubo de hierro. Para entrar al descampado y aparcar, se depositaban cincuenta centavos en la ranura de una desportillada caja metálica blanca, se esperaba a que la barra se elevara después de ser movida electrónicamente por las monedas, y entonces se conducía hacia el interior. Para salir, se necesitaban otras dos monedas de veinticinco centavos cada una… a menos que se poseyera una llave especial que podía alquilarse por veinte dólares al mes. Las llaves se introducían en una caja amarilla especial para activar la barra, tanto para entrar como para salir.

Cuando dejé de observar al samaritano que alimentaba a los pájaros, encontré mi llave de la barra en el compartimiento para guantes, empujé la nieve acumulada que sobrepasaba considerablemente la parte inferior de la puerta del automóvil, y me erguí cuidadosamente en el exterior. De inmediato me percaté de la incompetencia de un hombre maduro tan tonto como para usar zapatos de goma en un día como éste.

El viejo dejó de alimentar a los animales durante un lapso suficiente como para darse la vuelta a verme y saludar. El perro ladró una vez y después fue callado por medio de unas palabras ininteligibles de su amo. Incliné la cabeza hacia él e intenté una débil sonrisa. Mi «buenos días» sonó extraño y apagado por la interferente nieve.

Su respuesta, con la voz más profunda que jamás haya oído, pareció reverberar en los edificios de alrededor. Una vez, cuando Danny Thomas conoció al comentarista de radio Paul Harvey, dijo:

—Es mejor que usted sea Dios, porque suena igual que Él.

Esta voz hizo que mi amigo Paul sonara como la de un tímido niño de coro.

—¡Le saludo en un bello día como éste!

No tenía ni la fuerza ni el deseo de contradecir sus palabras. Giré la llave dentro de la caja amarilla hasta que escuché que se activaba el mecanismo, y entonces, medio patinando, medio caminando, regresé al automóvil. Detrás de mí, como había escuchado que respondía durante varios miles de mañanas, la barra crujió mientras se elevaba para dejarme entrar.

Pero… no bien estaba dentro del automóvil, listo para conducir y empezar a meterme al descampado a través de la nieve, cuando con un fuerte sonido metálico la barra descendió hasta su posición horizontal.

Suspiré frustrado, cambié nuevamente la velocidad, volví a abrir la portezuela del coche, me paré en la fría nieve, llegué hasta la caja amarilla y le di la vuelta a la llave. La barra se elevó otra vez, apuntó hacia el cielo lleno de nieve, y volvió a caer. ¡Bong! Giré nuevamente la llave con impaciencia, casi hasta romperla. Lo mismo. ¿Sería un cortocircuito en los cables producido por la humedad? ¡Qué más daba! ¡No había forma de que metiera mi automóvil en el estacionamiento!. Y si lo dejaba en la calle era seguro que se lo llevarían. Me quedé allí con la nieve hasta las rodillas, maldiciendo la estupidez de ese viaje mientras me quitaba de los ojos algunos copos de nieve.

Justo cuando empezaba a dudar sobre todo lo que había escrito o dicho sobre el valor de la perseverancia, el extraño alimentador de pájaros interrumpió mi autocompasión:

—Permítame que le ayude.

Esa voz tenía verdaderamente algo y también un deje de autoridad así como un ofrecimiento de auxilio en el tono firme. Se me había acercado y me encontré a mí mismo observando una cara sorprendente, de firmes facciones, demacrada, con grandes ojos marrones. Debía de medir poco menos de dos metros, ya que yo no soy un pigmeo. Sonreí y me encogí de hombros ante este viejo que se asemejaba a Abraham Lincoln.

—Gracias —dije—, pero no creo que haya mucho que podamos hacer.

Las profundas arrugas de sus ojos y boca se curvaron en la sonrisa más cálida y amable que jamás he visto en un ser humano, mientras hacía un ademán hacia la barra recalcitrante.

—No será difícil. Vuelva a darle la vuelta a su llave. Cuando la barra se eleve me pararé debajo, la detendré con los brazos hasta que su automóvil pase por debajo. Después la dejaré caer.

—Es una barra muy pesada.

Su risa resonó en el descampado.

—Soy viejo, pero muy fuerte. Además, vale la pena intentarlo para resolver su problema. Carlyle escribió que todas las tareas nobles parecen imposibles al principio.

—¿Carlyle?

—Sí, Carlyle. Thomas. Ensayista inglés del siglo diecinueve.

No podía creerlo. Me encontraba bajo una tormenta de nieve, el aire helado me laceraba la cara, tenía los pies empapados y congelándose, me estaba convirtiendo en un hombre de nieve… mientras un hippie de pelo largo, de setenta años, me daba un minidiscurso sobre literatura inglesa.

¿Qué más podía hacer? Creo fervientemente que deben considerarse las opciones, pero también he aprendido que hay situaciones en las que no se tienen ninguna opción. Mascullé un «gracias» y esperé hasta que el viejo tirase cariñosamente de su *baset* hacia la valla, se quitase la cuerda de la muñeca y la amarrase a la cadena. Entonces regresó a mi lado y asintió. Obedecí su silenciosa orden casi

hipnóticamente y di la vuelta a la llave. La barra crujió al subir. Entonces el viejo se paró debajo y asió firmemente el frío metal justo cuando empezaba a descender.

No estoy muy seguro de lo que pasó durante los siguientes minutos, aun cuando lo he pensado con frecuencia. Posiblemente el desayuno ligero y apresurado y el largo recorrido empiezan a hacer de las suyas. Me sentí marcado y la visión parecía nublárseme… como si alguien me untara vaselina en los lentes. Todo parecía estar difuso. Un extraño temblor sacudió mi cuerpo mientras trataba de aclarar la aparición.

Entre la nieve que caía pude ver la cruz de madera en su pecho y probablemente eso haya sido lo que produjo la ilusión… cabello largo, barba, los brazos extendidos en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la cabeza… la barra… la barra vertical… el Patíbulo llevado por el hombre condenado, en el camino hacia el Gólgota para su crucifixión.

Su voz, ahora con un tono de urgencia, terminó con mi ensueño.

—Rápido. ¡Entre! ¡Entre!

Me metí en el automóvil, cambié a primera, presioné gradualmente el acelerador, las ruedas giraron, y me moví lentamente pasando junto al extraño debajo de la barra a través de la entrada.

Reduje la velocidad y apagué el motor. Me temblaban las manos. Me palpitaba la cabeza. Las piernas se me debilitaron. Después alcancé mi portafolios del asiento de atrás; abrí la portezuela y caí de cabeza en la nieve. Me levanté, me sacudí y cerré el automóvil.

Me volví hacia la entrada para darle las gracias al viejo.

Mi salvador del estacionamiento no estaba.

Capítulo 2

No le volví a ver hasta finales de la primavera.

Era uno de esos viernes que no parecen terminar nunca. Los problemas relacionados con asuntos de rutina sobre la publicación de una revista mensual habían aumentado en continuidad y número durante el día, y para cuando el fuego de los matorrales se extinguió me encontraba solo y fatigado, tanto física como mentalmente.

Me senté frente a mi escritorio escuchando el suave tic-tac de mi reloj, temeroso del largo viaje hasta mi casa en medio del pesado tráfico. Aun a esta hora, Edens Expressway estaría atestado. Una vez más irrumpieron en mi mente esas molestas y recurrentes preguntas.

«¿Por qué estás trabajando tan duro?».

«¿Creíste que iba a ser más sencillo cuando fueras el número uno?».

«¿Por qué no renuncias? Los derechos de autor de tus libros son cuatro veces mayores que tu salario».

«¿Qué estás tratando de probar ahora que la revista es todo un éxito?».

«¿Por qué no vas a algún lugar pacífico y tranquilo y escribes todos esos libros que viven en tu interior?».

El hábito y mi propio orgullo parecían ser la única respuesta lógica para todas estas preguntas. Había sacado a la revista *Success Unlimited* de una circulación mensual de 4000 ejemplares que contaba con sólo tres empleados, hasta convertirla en una de 200,000 ejemplares producida por un grupo de treinta y cuatro empleados. Además, aún había 120,000,000 millones de suscriptores potenciales en nuestro país y era un reto tratar de convencerlos. Entonces traté de recordar quién había escrito: «El comienzo del orgullo está en el cielo; la continuidad del orgullo, en la tierra; el fin del mismo, en el infierno». No tuve suerte. Mi memoria es mala.

Guardé los anteojos en el portafolios; tomé el saco y el abrigo; apagué las luces, y cerré la oficina. La única luz que se vislumbraba era la del farol de la esquina de Broadway y Devon; todo estaba oscuro mientras caminaba lentamente hasta pasar por la ventana de los fotógrafos Root, al cruzar la entrada del callejón que se encuentra detrás de nuestra oficina, debajo del puente del tren y a través del pequeño espacio abierto hasta el estacionamiento con su deslumbrante y viejo letrero intermitente, anaranjado y amarillo de «Aparque usted mismo. Sólo 50 Centavos».

Antes de verlo, había caminado hasta la mitad del oscuro descampado, ahora casi lleno con los coches del vecindario.

Su alta silueta se movió silenciosamente de detrás de una camioneta de repartos, estacionada, y aún en la oscuridad le reconocí antes de ver a su perro, que le seguía. Me volví y caminé hacia él.

—Buenas noches.

—Le saludo en ésta la más hermosa de las noches, caballero —contestó esa voz de bajo profundo.

—Nunca tuve oportunidad de agradecerle por ayudarme en la nieve aquel día.

—No fue nada. Todos estamos aquí para ayudarnos unos a otros.

Me incliné para acariciar al perro, que había estado olfateando mi pantalón; después extendí mi mano hacia el viejo.

—Me llamo Mandino… Og Mandino.

Sus enormes dedos cubrieron los míos.

—Es un honor conocerle, señor Mandino. Mi nombre es Simon Potter… y éste, mi aliado cuadrúpedo, es Lázaro.

—¿Lázaro?

—Sí. Duerme tanto todo el tiempo que nunca sé si está vivo o muerto.

Me reí.

—Discúlpeme, señor Mandino, pero su primer nombre… es muy distinguido. Og, Og… ¿cómo se deletrea?

—O-G.

—¿Es ese el nombre que le pusieron?

—No —sonreí—, mi verdadero nombre es Augustine. Cuando estaba en la escuela primaria escribí una

columna para el periódico de nuestra escuela, y una vez firmé mi trabajo como AUG. Después de que la escribí decidí ser diferente y firmé fonéticamente… OG. Esto le encantó a todos.

—Es un nombre raro. No creo que haya muchos Ogs en el mundo.

—He oído decir que uno es demasiado.

—¿Sigue escribiendo?

—Sí.

—¿Qué tipo de escritos?

—Libros, artículos.

—¿Se han publicado sus libros?

—Sí, cinco de ellos.

—Eso es maravilloso. ¿Quién podría esperar conocer a un autor aquí, entre botellas de vino vacías?

—Me temo que es precisamente aquí donde podría conocer a muchos autores, Simon.

—Sí, triste pero cierto. Yo también escribo un poco… pero sólo como pasatiempo y para satisfacer mi ego.

El viejo se acercó más como para estudiar mi cara.

—Se le ve cansado, señor Mandino… o mejor, creo que puedo llamarle señor Og.

—Sí, estoy cansado. Ha sido un día largo… una semana larga.

—¿Es larga la distancia que tiene que conducir hasta su casa?

—Cuarenta y dos kilómetros, aproximadamente.

Simon Potter se volvió y señaló con su largo brazo hacia el edificio de cuatro pisos de ladrillos marrones que se encontraba frente al estacionamiento.

—Yo vivo ahí. En el segundo piso. Antes de emprender su largo viaje venga a tomar conmigo una copa de jerez. Le relajará.

Empecé a negar con la cabeza; pero al igual que en la nieve, aquel día, me encontré a mí mismo queriendo obedecerle. Abrí la portezuela de mi automóvil, arrojé en el interior mi abrigo y portafolios, cerré y empecé a caminar detrás de Lázaro.

Atravesamos el sucio corredor, pasamos junto a los desvencijados buzones de latón que tenían los nombres de los propietarios dentro de unos plásticos amarillentos y subimos por la destartalada escalera de cemento. Simon sacó una llave de su bolsillo, la giró dentro de la cerradura de la puerta de pino en la que había sido dibujado con rojo el número 21; empujó e hizo un ademán para que pasara. Encendió la luz.

—Disculpe —dijo— mi humilde refugio. Vivo solo, a no ser por Lázaro, y el trabajo de la casa nunca

fue una de mis habilidades.

Sus disculpas eran innecesarias. La pequeña sala estaba inmaculada, desde la alfombra ovalada hasta el techo sin telarañas. Casi inmediatamente noté los libros, cientos de ellos, que excedían en tamaño las dos grandes estanterías y se apilaban en dos montones perfectos casi tan altos como su propietario.

Observé con curiosidad a Simon. Se encogió de hombros y alumbró el cuarto con su sonrisa.

—¿Qué más puede hacer un viejo además de leer… y pensar? Por favor, póngase cómodo mientras sirvo la copa.

Cuando Simon se dirigió a la cocina, caminé hacia sus libros y empecé a leer los títulos, esperando que me dijeran algo sobre este gigante fascinador. Levanté la cabeza y recorrí con la mirada algunos de los lomos de los libros (*Caesar and Christ*, de Will Durant; *The Prophet*, de Gibrán; *Lives of Great Men*, de Plutarco; *Physiology of the Nervous Systems*, de Fulton; *The Organism*, de Goldstein; *The Unexpected Universe*, de Eiseley; *Don Quixote*, de Cervantes; *Works*, de Aristóteles, *Autobiography*, de Franklin, *The Imitation of Christ*, de Kempis; *The Human Mind*, de Menninger; *The Talmud*, varias *Biblias* y otros).

Mi anfitrión caminó hacia mí sosteniendo la copa de vino. La tomé y la puse junto a la suya. Los bordes chocaron con una nota suave en la habitación.

—Por nuestra amistad —dijo Simon—; porque sea larga y provechosa.

—Así sea —contesté.

—¿Qué piensa de mi biblioteca? —dijo, señalando con su copa hacia los libros.

—Es una magnífica colección. Me gustaría tenerlos. Usted tiene amplios intereses.

—En realidad no es así. Son una acumulación de muchos años de horas de esparcimiento en tiendas de libros de segunda mano. Además, todos tienen un tema en común que hace que cada volumen sea muy especial.

—¿Especial?

—Sí. Cada uno trata y explica a su modo algún aspecto del milagro más grande del mundo; por eso los llamo los «libros de la mano de Dios».

—¿La mano de Dios?

—Me cuesta trabajo explicarlo con palabras… estoy completamente seguro de que ciertas piezas musicales, determinadas obras de arte y ciertos libros y ensayos fueron creados, no por el compositor, artista, autor o escritor, sino por Dios, y a aquellos a los que hemos reconocido como los creadores de estas obras fueron sólo instrumentos empleados por Dios para comunicarse con nosotros. ¿Qué pasa, señor Og?

Aparentemente sus palabras me habían sobresaltado. Sólo dos semanas antes, en la ciudad de Nueva York, Barry Farber, un popular comentarista de radio, había utilizado esas palabras exactas: «la mano de Dios», cuando describía mi libro a su público durante mi aparición dentro de su programa.

—¿Quiere decir que cree que Dios se sigue comunicando con nosotros como lo hacía con los antiguos profetas judíos?

—Estoy completamente seguro. Durante miles de años el mundo fue testigo de un sinnúmero de profetas que proclamaban y explicaban la voluntad de Dios: Elías, Amós, Moisés, Ezequiel. Isaías, Jeremías Samuel y los demás maravillosos mensajeros hasta Jesús y Pablo. Y después… ¿nada? No puedo creerlo. Sin importar cuántos de sus profetas hayan sido ridiculizados, castigados, torturados y hasta asesinados, no puedo concebir que finalmente Dios se haya dado por vencido y haya vuelto su espalda a nuestras necesidades, trayendo como consecuencia que algunos de nosotros supongamos que Él está muerto, ya que hace mucho tiempo que no sabemos nada de Él. En vez de esto, creo verdaderamente que ha enviado, a todas las generaciones, personas especiales, perspicaces, inteligentes… todas compartiendo el mismo mensaje de una o de otra forma… que todo ser humano es capaz de - realizar el milagro más grande del mundo. Y el error más grave del hombre, ciego como es a causa de las trivialidades de toda civilización avanzada, es que no ha comprendido el mensaje.

—¿Cuál es el milagro más grande del mundo que podemos realizar?

—Antes que nada, señor Og ¿puede definirme qué es un milagro?

—Creo que sí. Es algo que sucede en contra de las leyes de la naturaleza o la ciencia… una suspensión temporal de una de estas leyes.

—Lo que acaba de decir es conciso y exacto, señor Og. Ahora dígame ¿se cree capaz de realizar milagros… de suspender cualquiera de las leyes de la naturaleza o la ciencia?

Me reí nerviosamente y negué con la cabeza. El viejo se puso de pie, tomó de la mesilla de café un pequeño pisapapeles de vidrio y lo sostuvo frente a mí.

—Si suelto este peso, caerá al suelo ¿no es verdad?

Asentí.

—¿Qué ley decreta que caerá al piso?

—¿La ley de la gravedad?

—Exacto.

Entonces, sin ninguna advertencia, dejó que el pisapapeles cayera de su mano. Instintivamente lo pesqué antes de que tocara el suelo.

Simon dobló las manos y me miró sonriendo con autosatisfacción.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer, señor Og?

—Cogí su pisapapeles.

—Hizo mucho más. Su acción suspendió temporalmente la ley de la gravedad. Sea cual sea la definición de un milagro, usted acaba de realizar uno. Ahora ¿cuál cree usted que sería el milagro más grande que jamás se haya realizado en la Tierra?

Lo pensé durante varios minutos.

—Probablemente serían esos casos en los que un muerto supuestamente ha regresado a la vida.

—Estoy de acuerdo, como seguramente lo estaría toda la opinión mundial.

—Pero ¿de qué forma está esto relacionado con esos libros que tiene amontonados? Seguramente no contienen ningún método secreto sobre cómo regresar de la muerte.

—Pues sí, señor Og. La mayoría de los seres humanos están muertos, en uno u otro grado. De una u otra forma han perdido sus sueños, sus ambiciones, su deseo de una vida mejor. Han perdido su lucha por su autoestima y han comprometido su gran potencial. Se han establecido en una vida de mediocridad, días de desesperación y noches de lágrimas. No son más que muertos vivientes confinados a cementerios de su elección. Además necesitan salir de ese estado. Pueden resucitar de su lamentable condición. Cada uno puede realizar el milagro más grande del mundo. Todos pueden regresar de la muerte… y en esos libros están los secretos más sencillos, técnicas y métodos que pueden aplicar a su propia vida para convertirse en lo que desean ser y alcanzar todas las verdaderas riquezas de la vida.

No supe qué decir ni cómo responder. Permanecí sentado, observándolo, hasta que rompió el silencio.

—¿Acepta usted la posibilidad de que los individuos realicen tal milagro con sus propias vidas, señor Og?

—Sí, por supuesto.

—¿Alguna vez escribió sobre dichos milagros en sus libros?

—Algunas veces.

—Me gustaría leer lo que ha escrito.

—Le traeré una copia de mi primer libro.

—¿Hay milagros en él?

—Sí, varios.

—¿Sintió la mano de Dios sobre la suya cuando lo escribió?

—No lo sé, Simon. No lo creo.

—Posiblemente yo pueda decírselo después de leerlo, señor Og.

Después de esta conversación permanecimos sentados en el silencio, interrumpido sólo por el rumor de un camión o autobús ocasional que pasaba por la avenida Devon. Bebí el jerez y me sentí tan descansado y en paz con el mundo como no lo había estado en muchos meses. Finalmente deposité mi copa en la pequeña mesa pulida que estaba junto a mi silla y me encontré a mí mismo observando dos pequeñas fotografías; cada una tenía un marco de bronce. Una era de una encantadora mujer morena y la otra de un chico rubio en uniforme militar. Miré a Simon y comprendió mi silenciosa pregunta.

—Mi esposa. Mi hijo.

Asentí. Su voz, ahora tan suave que casi no le escuchaba, parecía flotar a través de la habitación hasta donde me encontraba.

—Los dos han muerto.

Cerré los ojos y asentí nuevamente. Sus siguientes palabras apenas fueron un susurro.

—Dachau, mil novecientos treinta y nueve.

Cuando abrí los ojos, el viejo tenía la cabeza inclinada y las dos enormes manos detenían con fuerza la frente. Después, como avergonzado de haber expuesto momentáneamente su tristeza frente a un extraño, se enderezó y forzó una sonrisa.

Cambié la conversación.

—¿Qué hace usted, Simon? ¿Tiene un empleo?

El viejo vaciló unos segundos. Después, volvió a sonreír, abrió las manos con un ademán retraído y dijo:

—Soy trapero, señor Og.

—Creía que los traperos habían desaparecido junto con los comedores de beneficencia y las marchas de hambre de la década de mil novecientos treinta.

Simon se levantó, caminó hacia mí, puso su mano sobre mi hombro y lo apretó cariñosamente.

—Por definición, señor Og, un trapero es alguien que recoge trapos y otros materiales de desperdicio de las calles y basureros para ganarse la vida. Me imagino que esa clase de traperos casi ha desaparecido de la escena norteamericana durante estos años de empleo, pero podríamos verlos nuevamente si cambiaran las condiciones.

—Lo dudo. Nuestro porcentaje de crímenes parece decirnos que hemos descubierto formas más rápidas y fáciles de echarle el guante a un dólar… como los asaltos, los robos y las raterías.

—Me temo que lo que usted dice es verdad, señor Og. En estos días en que los precios del papel y los metales se elevan desmesuradamente, me imagino que un trapero o un basurero pueden subsistir. Sin embargo, yo no soy ese tipo de trapero. Busco materiales más valiosos que viejos periódicos y botes de aluminio de cerveza. Busco los desperdicios de tipo humano, personas que han sido abandonadas por otras o por sí mismas, individuos que todavía poseen grandes potenciales pero han perdido su dignidad o el deseo de una vida mejor. Cuando les encuentro trato de cambiar sus vidas por una mejor, darles un nuevo sentido de esperanza y dirección, y ayudarles a regresar de su muerte viviente… lo cual es para mí el milagro más grande del mundo. Y, por supuesto, la sabiduría que he recibido de los libros de «la mano de Dios» me ha ayudado enormemente en mí, digamos, profesión.

»Vea esta cruz de madera que uso con frecuencia. Fue tallada por un joven que una vez fue encargado del embarco de mercancías. Me topé con él una noche en la avenida Wilson… o más bien diría que él se topó conmigo. Estaba ebrio. Le traje aquí. Después de varias tazas de café negro, una ducha helada y algo de comida, charlamos. Era realmente un alma perdida, casi hundida por su incapacidad de mantener adecuadamente a su esposa y a sus dos hijos. Había estado trabajando en dos empleos, más de diecisiete horas diarias, durante casi tres años y había llegado al límite.

»Había empezado a refugiarse en la bebida cuando le encontré… tratando de no enfrentarse con su muerte viviente y con una conciencia que le decía que no era digno de su joven y maravillosa familia. Me las arreglé para convencerle de que su situación era común y estaba muy lejos de ser desesperante, y empezó a visitarme casi a diario, antes de ir a su trabajo nocturno. Juntos descubrimos y discutimos muchos de los antiguos y modernos secretos de la felicidad y del éxito. Creo que analizamos a todos los sabios, desde Salomón a Emerson y a Gibrán. Y él escuchaba cuidadosamente.

—¿Qué sucedió con él?

—Cuando tuvo ahorrados mil dólares renunció a ambos empleos, metió a su familia dentro de su viejo Plymouth y se fue hacia Arizona. Ahora tiene una tienda a la vera del camino, a las afueras de Scottsdale, y está empezando a ganar mucho dinero con sus artesanías de madera. De cuando en cuando me escribe, siempre agradeciéndome haberle dado el valor que necesitaba para cambiar de vida. Actualmente es un hombre feliz y satisfecho… no rico, pero sí más contento. Vea, señor Og, la mayoría de nosotros construimos prisiones para nosotros mismos y después de vivir ahí por algún tiempo nos acostumbramos a sus paredes y aceptamos la premisa falsa de que estamos encarcelados para siempre. Tan pronto como esta creencia se adueña de nosotros, abandonamos la esperanza de hacer algo más con nuestras vidas o de alguna vez darnos la oportunidad de lograr nuestras ilusiones. Nos convertimos en muñecos y empezamos a sufrir una muerte viviente. Puede ser loable y noble sacrificar tu vida por una causa o un negocio o la felicidad de otros, pero si a sabiendas eres miserable y vacío en esa forma de vida, entonces permanecer así es una hipocresía, una mentira y un rechazo de la fe puesta en ti por tu creador.

—Simon, discúlpeme, pero ¿nunca se le ha ocurrido que posiblemente no debería intervenir en la vida de las personas, que quizás no tiene derecho de hacerlo? Después de todo, ellos no lo buscan. Usted debe encontrarlos y convencerlos de que pueden tener una nueva vida si están deseosos de intentarlo. ¿No está jugando a ser Dios?

Las facciones del viejo se suavizaron con una mirada de simpatía y compasión por mí aparente falta de percepción y entendimiento. Su respuesta fue breve… y clemente.

—Señor Og, no estoy jugando a ser Dios. Lo que usted aprenderá, más tarde o más temprano, es que Dios juega con frecuencia a ser hombre. Dios no hará nada sin el hombre y siempre que hace un milagro lo hace a través del hombre.

Se levantó como si quisiera terminar abruptamente mi visita, una técnica que yo uso con frecuencia en la oficina si lo que más me conviene es terminar una entrevista.

Le estreché la mano y me encaminé hacia el corredor.

—Gracias por la hospitalidad y el jerez.

—Fue un placer, señor Og. Y, por favor, tráigame una copia de su libro en cuanto pueda.

Durante el largo viaje hasta mi casa una pregunta siguió martillando en mis pensamientos. Si ese viejo trapero se especializaba en rescatar los desperdicios humanos ¿por qué perdía su tiempo conmigo, presidente de una famosa y rica compañía que se encontraba entre los del cincuenta por ciento de impuestos y que acababa de escribir un *best seller*?

Capítulo 3

Varios días después, cuando estaba sacando mi automóvil del estacionamiento, oí mi nombre pronunciado con un volumen sólo ligeramente más bajo en decibelios que el sistema de dirección pública del Wrigley Field. Miré a mí alrededor, pero no pude encontrarlo.

—Señor Og, señor Og… ¡aquí arriba!

Simon estaba inclinado hacia afuera de la ventana del apartamento del segundo piso, sobre una maceta llena de plantas, sacudiendo una pequeña regadera azul de plantas para atraer mi atención.

Lo saludé.

—Señor Og, señor Og… su libro, su libro. No olvide que me lo prometió.

Incliné la cabeza en señal de aprobación.

Señaló hacia su apartamento.

—Esta noche… ¿antes de irse a casa?

Asentí nuevamente.

Sonrió y gritó:

—Tendré listo su jerez.

Hice con la mano una señal de aprobación, cerré el automóvil y me dirigí hacia los problemas del día.

—Simon Potter ¿quién eres tú?

—Simon Potter ¿qué eres tú?

—Simon Potter ¿por qué eres tú?

Me encontré a mí mismo repitiendo silenciosamente estas tres preguntas como si se tratara de una de aquellas tonadillas de mi juventud, mientras me dirigía hacia la oficina.

Había sido incapaz de dominar mis sentimientos sobre el viejo y esto me incomodaba. Ejercía una especie de fascinación sobre mí… y, por alguna razón inexplicable, me aterraba. Tanto su apariencia como su comportamiento llenaban mis nociones preconcebidas de cómo debieron ser los profetas y místicos bíblicos, y pensaba en él en los momentos más extraños, a la mitad de una reunión en la que se hablaba sobre el presupuesto, al leer la presentación de un artículo, cuando leía la crítica de un libro. Su cara, su voz, su forma carismática se introducían en lo que estaba pensando y absorbían momentáneamente mi concentración. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía este Isaías de la actualidad en mi vida? Posiblemente obtendría algunas respuestas esta noche. Así lo esperaba para mi tranquilidad mental.

A media tarde le pedí a Pat Smith, mi secretaria, que encargara una copia de mi libro, *El vendedor más grande del mundo*, al departamento de inventario. Se detuvo en la puerta de mi oficina después de dejar el libro en mis manos.

—¿Se le ofrece algo más, Og?

—No, gracias Pat, hasta mañana. Buenas noches.

—Buenas noches… no olvide desconectar la cafetera.

—No lo haré.

—Dijo lo mismo la última vez que trabajó hasta tarde… y descompuso dos cafeteras.

Escuché cómo echaba llave a la puerta exterior mientras sostenía el libro, mi libro, mi creación que ahora era aclamada por *Publishers Weekly* como «el *best seller* que nadie conoce». Durante cuatro años había pasado inadvertido y, de repente, mediante una venta fenomenal de cuatrocientos mil ejemplares en cartoné había sobrepasado todas las ediciones de esa clase de todos los libros escritos por Harold

Robbins, Irving Wallace o Jacqueline Susann.

Ahora había rumores de que las editoras de libros de bolsillo estaban interesadas en adquirir los derechos de reimpresión, y se hablaba de grandes sumas de dinero… de dinero de seis cifras. ¿Y si pasaba todo esto? ¿Podría hacerle frente? ¿Podría arreglármelas con toda esa riqueza repentina y la publicidad nacional que seguramente seguiría a una campaña de promoción dirigida por cualquiera de las editoras de libros de bolsillo? ¿A qué precio terminaría pagando todo esto? ¿Lo lamentaría después? Recordé lo que había dicho Simon sobre las prisiones perpetuas que construimos a nuestro alrededor. ¿Sería este éxito una llave para mi liberación… o una llave para encerrarme? De todas formas ¿qué más esperaba de la vida? ¿Cambiaría mi forma de vida si tuviera esa independencia financiera? ¿Quién podría tener realmente la respuesta a estas preguntas antes de que los acontecimientos sucedieran?

Traté de expulsar de mí mente todos estos pensamientos sobre «qué ocurriría si…», y abrí el libro para dedicárselo a Simon. ¿Qué podía escribir en el libro que fuera adecuado para este hombre con apariencia de santo? Por alguna razón las palabras adecuadas eran importantes para mí. ¿Qué pensaría un experto en Gibrán, Plutarco, Platón, Séneca y Eiseley sobre mí pequeño libro después de leerlo? Eso era importante. Para mí.

Empecé a escribir…

«Para Simon Potter, el mejor trapero de Dios, con afecto,

Og Mandino».

Recordé que tenía que desconectar la cafetera, encender la alarma contra ladrones, apagar las luces, echar llave; después caminé a través del oscuro estacionamiento hacia su apartamento. Encontré el número 21 garabateado con lápiz amarillo sobre uno de los buzones, pulsé dos veces el timbre., y subí las escaleras. Simon me esperaba en el corredor.

—¡Se acordó!

—¡Usted me lo recordó!

—¡Oh, sí, como la mayoría de los viejos soy grosero y presumido! Perdone mis pecados, señor Og. Pase, pase.

Estando aún de pie, iniciamos nuestro diálogo. Le di mi libro y él me dio una copa de jerez. Frunció el entrecejo cuándo leyó el título.

—¿*El vendedor más grande del mundo*? Muy interesante. ¿Puedo adivinar quién podría ser?

—Nunca lo adivinará, Simon. No es quien usted se imagina.

Después lo abrió y leyó mi inscripción. Su cara pareció suavizarse y cuando volteó a mirarme sus ojos estaban húmedos.

—Gracias. Sé que me va a gustar. Pero ¿por qué razón escribió esto? Trapero, sí… pero ¿el mejor de Dios?

Señalé hacia sus libros.

—Cuando estuve aquí, la otra vez, me habló sobre su teoría de que algunos libros eran escritos y guiados por la mano de Dios. Me imagino que si puede reconocer cuándo un escritor ha sido tocado

por la mano de Dios es porque debe ser un amigo especial suyo.

Estudió mi cara resueltamente, observándome durante unos minutos interminables, hasta que desvié la mirada.

—¿Y a usted le gustaría que leyera su libro y decidiera si pienso que pertenece a la misma categoría que los otros… ayudados por la mano de Dios, como lo fueron?

—No sé si quiero o no que lo haga, Simon. Posiblemente en mi subconsciente lo deseo, pero no había pensado en ello. Lo único que sé, con toda seguridad, es que he tenido las premoniciones más extrañas cuando me encuentro con usted. Está en mi pensamiento la mayor parte del tiempo y desconozco la razón.

El viejo recostó la cabeza sobre la silla y cerró los ojos.

—Una premonición es una advertencia, una corazonada sobre algo que va a suceder. ¿Es eso lo que siente cuando está conmigo o piensa en mí?

—No estoy muy seguro de que eso explique lo que siento.

—¿Podría ser la sensación de habernos visto antes o de haber compartido algo en el pasado? ¿Cómo lo llaman los franceses? Ah, si… *déja vu*.

—Eso se acerca más. ¿Alguna vez ha tenido un sueño que trata y trata de recordar cuando despierta y todo lo que queda en su memoria son sombras y voces irreconocibles que no tienen ningún significado o relación con su vida?

—Muchas veces —asintió el viejo.

—Bien, eso es lo que siento cuando estoy con usted o pienso en su persona. Sólo que no puedo caracterizarlo porque nunca antes lo había sentido.

—La mente es un mecanismo sumamente extraño, señor Og.

—Simon, ni siquiera podría empezar a imaginar cuántos libros y revistas he leído sobre la mente durante los últimos diez años, para su posible uso en mi revista. Además, cuanto más leo más cuenta me doy de lo poco que sabemos sobre ese misterio que está en nuestro interior… o hasta dónde se localiza.

El viejo se frotó las manos contra las mejillas y dijo:

—El doctor Karl Menninger escribió que la mente humana es mucho más que el cofrecillo de trucos del cerebro. Es más bien toda la personalidad formada por los instintos, hábitos, recuerdos, órganos, músculos y sensaciones humanos, todo pasando por un proceso constante de cambio.

—Conozco al doctor Menninger.

—¿En persona? ¿De verdad?

—Sí.

—¿Qué clase de persona es?

—Es un gigante, casi de su tamaño, un hombre encantador, al igual que usted… y cuando habla siempre

tiene un destello en los ojos.

—¿Hay en mis ojos, como lo llamó, un «destello», señor Og?

—Algunas veces, Simon. Algunas veces.

Sonrió tristemente.

—Me gusta más lo que escribió Milton sobre la mente. «La mente está en su propio lugar, y puede hacer por sí misma un paraíso del infierno o un infierno del paraíso». Señor Og, nuestra mente es la creación más grande de la Tierra y puede crear la más sublime de las felicidades para su propietario… o puede destruirle… Sin embargo, a pesar de que se nos ha dado el secreto de gobernarla para nuestra felicidad y beneficio, seguimos ignorando sus potencialidades, como los más estúpidos animales.

—¿El secreto de cómo gobernar la mente en beneficio propio…?

Simon señaló hacia los estantes.

—Todo se encuentra ahí. Uno sólo tiene que estudiar los tesoros que permanecen, expuestos, a nuestro alrededor. Durante incontables siglos el hombre comparó su mente con un jardín. Séneca dijo que la tierra, sin importar su feracidad, no podría ser productiva si no se cultivara; nuestra mente tampoco podría serlo. Sir Joshua Reynolds escribió que nuestra mente es sólo tierra infecunda, acabada e improductiva, a menos de que se cultive continuamente con nuevas ideas. Y James Allen, en su obra clásica monumental, *As A Man Thinketh*, escribió que la mente del hombre es como un jardín que debe ser cultivado inteligentemente o permitírsele que crezca como la selva, pero tanto si se cultivara como si se descuidara, producirá. Si no se plantan semillas útiles, entonces caerá sobre la tierra una abundancia de semillas improductivas, y los resultados serán equivocados, inútiles, peligrosos y sucios. En otras palabras, sea lo que sea que permitamos que entre en nuestra mente, siempre obtendrá frutos.

Encendí un cigarrillo y estuve pendiente de cada una de sus palabras.

—Actualmente el hombre compara su mente con una computadora, pero sus conclusiones son las mismas que las de Séneca y otros. Las personas que trabajan con computadoras tienen una frase, en realidad siglas, DADA (desperdicios adentro, desperdicios afuera). Si se alimenta con información equivocada a una computadora, se obtendrán respuestas equivocadas. Lo mismo ocurre con nuestra mente… ya sea que se piense en términos de un jardín o de una computadora IBM TresSesenta. Alimenta material negativo… y eso mismo recogerá. Por otro lado, si programa, o planta pensamientos e ideas positivos, hermosos y correctos, eso cosechará. Como ve es muy sencillo. En realidad puede convertirse en lo que piensa. Lo que un hombre piense en su corazón, eso es él. Allen escribió: «El hombre es hecho o deshecho por sí mismo; en la armonía del pensamiento forja las armas con las que se destruye; también modela las herramientas con las que construye para sí mismo mansiones celestiales de felicidad, fuerza y paz. Con la elección correcta y la aplicación de la verdad del pensamiento el hombre se eleva hasta la perfección divina». Señor Og, recuerde estas palabras: «con la elección correcta». Son la piedra angular para una vida feliz y, posiblemente, algún otro día, me permitirá explicárselo más detalladamente.

—En otras palabras, Simon, lo que está diciendo es que podemos programar nuestras mentes. Pero ¿cómo?

—Es muy sencillo. Podemos hacerlo personalmente u otros lo harán por nosotros. Simplemente, al escuchar o leer repetidamente un pensamiento o una afirmación, ya sea que constituya una verdad o la más vil de las mentiras, al fin nuestra mente imprimirá ese pensamiento y se convertirá en una parte permanente de nuestra personalidad, tan fuerte que hasta actuaremos de acuerdo a eso sin siquiera considerar o reflexionar en el futuro. Como puede recordar, Hitler hizo esto a un país entero, y la

frase «lavado de cerebro» constituye algo que nos es familiar después de las muchas experiencias tristes que tuvimos con nuestras tropas en el Oriente.

—¿Nos convertimos en lo que pensamos?

—¡Siempre!

Ésta parecía ser una buena oportunidad para intentarlo, y la aproveché.

—Simon, hábleme de usted mismo. ¿Le importa?

Sacudió la cabeza, puso la copa de vino sobre la mesilla, sus manos sobre el regazo y las observó mientras hablaba.

—No me importa. No he tenido esta oportunidad desde hace muchos años, y me doy cuenta de que espera que yo pueda tocar algún hecho, algún punto que le aclare todo lo concerniente a nuestra relación. Primero que nada tengo setenta y ocho años y buena salud. Llegué a este país en 1946.

—¿Llegó después de la guerra?

—Sí.

—¿A qué se dedicaba antes de la guerra?

Sonrió.

—Me doy cuenta que se necesitará una buena porción de fe ciega de su parte para creerme, pero yo dirigía la compañía importadora y exportadora más grande de Alemania, que se dedicaba exclusivamente a productos del Medio Oriente. Mi hogar estaba en Francfort pero la oficina principal de la compañía se encontraba…

—¿En Damasco? —lo interrumpí.

Me miró extrañamente.

—Sí, señor Og, en Damasco.

Me pasé la mano sobre la cara y terminé el Jerez. ¿Cómo, en el nombre de Dios, supe eso? Por alguna razón inexplicable me sentí urgido repentinamente a levantarme y correr fuera de ahí. En lugar de eso me quedé sentado, con las piernas inmóviles, paralizado por un dilema desconocido. No quería escuchar nada más y al mismo tiempo quería oírlo todo. El reportero que hay en mí ganó la partida y empezó a bombardear preguntas como si se tratara de un ambicioso fiscal. Respondió a cada una de mis preguntas con toda calma.

—Simon ¿tenía sucursales su compañía?

—Diez, en ciudades como Jerusalén, Bagdad, Alejandría, El Cairo, Beirut, Aleppo…

—¿Diez?

—Diez.

—¿Qué clase de mercancía importaba y exportaba?

—En su mayoría eran artículos que tenían algún valor o rareza. Acabados de lana o lino, cristalería fina, piedras preciosas, las alfombras más finas, algunos artículos de piel, papel tapiz…

—¿Dijo usted que su compañía era grande?

—Era la más grande de su tipo en el mundo. Nuestro volumen anual de ventas, aún durante la depresión, en mil novecientos treinta y seis, excedía los doscientos millones de dólares estadounidenses.

—¿Y usted era el presidente de la compañía?

Simon bajó la cabeza tímidamente.

—No es difícil ser presidente de una compañía cuando se es el único propietario y fundador y… —tomó mi libro y señaló el titulo— y también el vendedor más grande de la compañía.

Mi anfitrión se levantó y volvió a llenar mi copa. Bebí la mitad de su contenido y lo estudié a él cuidadosamente. ¿Estaba disimulando frente a mí? Finalmente tomé su brazo y le di la vuelta cariñosamente de modo que podía ver directamente hacia sus ojos.

—Simon, dígame la verdad ¿ha leído mi libro?

—Perdóneme, señor Og, pero jamás había visto una copia de su libro antes de esta noche. ¿Por qué?

—*El vendedor más grande del mundo* tiene lugar en el tiempo de Cristo. Narra la historia de un joven camellero, Hafid, que quería convertirse en vendedor para ganar la parte de oro que le correspondía y que veía era el fruto de los esfuerzos de otros vendedores de la caravana. Finalmente, después de muchas negativas, el dueño de todo le da un manto a Hafid, para que lo vendiera en la villa más cercana, llamada Belén, para probar si era buen vendedor. En lugar de esto, después de tres humillantes días en los que no puede vender el manto, el joven lo regala a una pareja para calentar a un recién nacido que duerme en un pesebre. Luego regresa a la caravana, creyendo que ha fallado como vendedor, sin percatarse de la brillante estrella que le sigue. Pero su amo lo interpreta como una señal que le había sido profetizada muchos años antes y le da diez pergaminos sobre el éxito que el joven finalmente aplica a su vida y se convierte en… el vendedor más grande del mundo.

—Es una trama sumamente interesante, señor Og.

—Todavía hay más, Simon. Cuando el joven, Hafid, se vuelve rico y poderoso, establece su almacén principal en una ciudad. ¿Le importaría tratar de adivinarla?

—¿Damasco?

—Sí. Y después abre otros almacenes a lo largo del Medio Oriente. ¿Cuántos, Simon?

—¿Diez?

—Sí, nuevamente. ¡Y los artículos que él vendía, como se describe en mi libro, eran exactamente los mismos que usted vendía!

El viejo volteó la cabeza hacia otro lado mientras hablaba calmadamente.

—Esas…. son… coincidencias… extremadamente… extrañas… señor Og.

Le presioné.

—Háblame de su familia, Simon.

Vaciló durante unos minutos antes de volver a hablar.

—Bien, como le dije anteriormente, mi hogar se encontraba en Francfort. En realidad vivíamos en un suburbio, Sachsenhausen, en una preciosa casa con vistas al río Main. Mi tiempo ahí era limitado. Parecía como si siempre estuviera diciéndole adiós a mi familia en el aeropuerto. Cada vez odiaba más los días y semanas que pasaba lejos de mi esposa y de mi hijo. Finalmente, en mil novecientos treinta y cinco, decidí hacer algo para cambiar mi vida. Hice planes cuidadosos para el futuro. Decidí trabajar muy duro hasta mil novecientos cuarenta, y entonces tomaría del negocio lo suficiente para que mi familia y yo viviéramos cómodamente durante el resto de nuestra vida. Cuando llegara ese momento les proporcionaría el control de la compañía a quienes me habían sido leales a lo largo de los años…

Volví a interrumpirle… y esta vez mi voz se quebró.

—Simon, cuando lea mi libro verá que mi vendedor, Hafid, finalmente les dio su negocio y la mayor parte de sus riquezas a aquellos que le habían ayudado a crearlo.

El viejo frunció el entrecejo mientras sacudía la cabeza.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Usted mismo lo leerá. ¿Qué pasó con su familia?

—Para entonces, Hitler había subido al poder. Yo, al igual que la mayoría de los hombres de negocios, ignoraba la clase de monstruo al que habíamos permitido asumir el gobierno de nuestro país. Mi esposa era judía y mientras yo me encontraba en uno de mis viajes a Damasco, fui visitado un día por uno de los agentes de Hitler. Éste me notificó tranquilamente que tanto mi esposa como mi hijo se encontraban bajo lo que él llamó «custodia de protección» y que sólo serían liberados si yo firmaba en favor del Partido Nacional Socialista la posesión de toda mi compañía y sus utilidades. Firmé sin vacilar. Después volé de inmediato hacia Francfort, donde fui arrestado en el aeropuerto por la policía secreta. Pasé todos los años de la guerra yendo de un campo de concentración a otro. Me imagino que el hecho de no haber sido judío salvó mi vida.

—¿Y su esposa e hijo?

—Nunca volví a verlos.

Empecé a decir: «lo siento», pero me contuve.

—¿Y su negocio?

—Se acabó. Los nazis confiscaron todo. Después de la guerra pasé casi cuatro años tratando de encontrar alguna pista sobre mi familia. Tanto los norteamericanos como los ingleses fueron sumamente cooperativos y compasivos. Finalmente supe, a través del servicio de información norteamericano, que tanto mi esposa como mi hijo habían sido asesinados y cremados en Dachau casi inmediatamente después de haber sido capturados.

Era penoso continuar. Me sentía un cruel inquisidor que forzaba al viejo a revivir recuerdos que probablemente habían sido empujados hasta lo más profundo de su mente desde hacía mucho tiempo con el fin de conservar su cordura. Sin embargo, continué:

—¿Cómo llegó a este país?

—En mis buenos tiempos contaba con amigos muy bien situados en Washington. Uno de ellos intercedió por mí ante las autoridades correspondientes de inmigración, quienes olvidaron mi carencia de pasaporte. Otro me prestó dinero para el pasaje. Había visitado Chicago en 1931 y me había gustado por su vitalidad, por lo que vine acá.

—¿Qué ha estado haciendo durante todos estos años?

Se encogió de hombros y miró al techo.

—¿Qué puede hacer un ex millonario presidente de una compañía, cuyas ambiciones habían muerto en una cámara de gas? Trabajé en un centenar de lugares insignificantes, con la única intención de sobrevivir… de portero de un club nocturno, de cocinero, en la tarea sanitaria de la ciudad, en construcción… en cualquier cosa. Sabía que contaba con el conocimiento, la experiencia y la capacidad necesarias para empezar un nuevo negocio propio, pero no deseaba hacerlo. No existía una razón por la cual desear el éxito o adquirir riquezas, por lo que no me esforcé. Finalmente pasé los exámenes municipales y trabajé de portero en una escuela de la avenida Foster. Ese empleo me sirvió de mucho. Me encontraba rodeado de pequeños que reían todo el día. Muy bueno. Y de cuando en cuando podía ver algún chico que me recordara a mi Eric. Era un empleo digno y decente. Me retiré al cumplir sesenta y cinco años, y la ciudad me empezó a dar una pequeña pensión, suficiente para vivir… y leer.

—¿Qué le hizo decidirse a ser lo que usted llama "trapero"?

Simon sonrió y se recostó en su sillón, mirando al techo nuevamente, como si tratara de recordar detalles de un suceso que había permanecido dormido entre sus recuerdos durante largo tiempo.

—Tan pronto como me retiré, me cambié a este apartamento. Lázaro, yo y mis libros. Se convirtió en un ritual que Lázaro y yo camináramos cada mañana alrededor de la manzana. Una mañana, al salir del edificio, giré hacia la entrada del estacionamiento, donde le vi a usted por primera vez; ahí se encontraba una joven dama que parecía estar en dificultades. Su automóvil estaba estacionado en la entrada, la barra permanecía en posición horizontal, y ella sacudía enojadamente la caja de metal que acepta las monedas que activan la barra. Caminé hacia ella y le pregunté si podía ayudarle. Estaba llorando, y entre sollozos me dijo que había introducido en la caja sus dos últimas monedas y la barra no se había elevado. Más aún, debía estar en clase, en la Universidad de Loyola, en menos de diez minutos, ya que tenía un examen final. Hice lo que cualquier persona hubiera hecho. Saqué dos monedas del bolsillo de mi pantalón, las introduje por la ranura y esta vez la barra sí se elevó. Después de esto proseguí mi paseo con Lázaro.

Para entonces, el viejo caminaba por la habitación.

—No habíamos caminado mucho cuando escuché unos pasos apresurados detrás de mí. Me volví para observar que la bella joven se dirigía hacia mí, todavía con los ojos llenos de lágrimas, pero sonriente. Antes de que me diera cuenta de lo que la joven hacia, ésta puso sus brazos alrededor de mi cuello, me atrajo hacia ella y me besó en la mejilla… la primera vez que me abrazaba una mujer desde la muerte de mi esposa. La joven no dijo nada… sólo fue un abrazo y el beso… y después se esfumó. Ese incidente trivial fue lo que dio a mi vida un nuevo sentido y dirección, señor Og. Resolví dejar de ocultarme en mi pequeño apartamento, dejar de lamentarme por lo que me había deparado la vida y empezar a dar algo de mi ser a otros después de todos esos años de autocompasión. Como ve, en realidad fue una decisión egoísta, ya que la sensación que tuve cuando esa agraciada joven me besó me fue desconocida durante muchos años. Era la sensación que se tiene cuando se ha ayudado a otro sin pensar en algún beneficio personal. Desde entonces soy un trapero.

Me sentí cansado. Las preguntas y respuestas me habían agotado. Sin embargo, había algo más que tenía que saber.

—Simon, usted dijo que el nombre de su hijo era Eric. ¿Cuál era el de su esposa?

—Señor Og, mi esposa tenía un nombre tan encantador como su alma… Lisha.

Lo único que pude hacer fue suspirar y murmurar:

—Simon, por favor, páseme mi libro.

El viejo caballero puso el libro en mi regazo. Pasé apresuradamente las primeras páginas y paré en la catorce.

—¡Simon, vea! Aquí… donde estoy señalando, a la mitad de la página… esté es el nombre que le di a la esposa de Hafid, el vendedor más grande del mundo. ¡Léalo!

Un medio sollozo, un medio grito de angustia escapó de los labios del hombre mientras observaba la página impresa. Después me miró, incrédulo, mientras se formaban en sus inolvidables ojos unas grandes lágrimas.

— ¡No puede ser, no puede ser!

Tomó el libro con sus enormes manos, mientras observaba resueltamente la página. Finalmente la elevó hasta su mejilla, la apretó cariñosamente contra su barba y murmuró suavemente una y otra vez:

—Lisha… Lisha… Lisha.

Capítulo 4

Pasó un mes antes de que le volviera a ver.

Había terminado la jornada de trabajo y me encontraba solo en mi oficina tratando de disminuir la correspondencia que se había acumulado durante mi ausencia. Escuché el clic de la puerta exterior y me puse rígido. Quien quiera que hubiese sido el último en salir, se había olvidado de echar llave, y las raterías se estaban convirtiendo en una forma de ganarse la vida en el vecindario.

Entonces, en la puerta de mi oficina, apareció Lázaro con movimientos sin coordinación, meneando la cola; las orejas subían y bajaban; movía la lengua rápidamente… mientras tiraba de la cuerda que conducía hasta su amo.

El viejo me abrazó.

—Señor Og, me da gusto verle. Lázaro y yo estábamos preocupados por usted.

—Estuve fuera de la ciudad por asuntos de negocios, Simon. Creo que alguien está tratando de cambiar mi vida.

—¿Para bien?

—No estoy seguro. A lo mejor usted puede decírmelo.

—Sabía que no estaba aquí, señor Og. Todos los días me asomaba por la ventana para ver su pequeño automóvil de color café. Nada… ni automóvil ni señor Og. Y entonces, esta mañana ahí estaba. Me sentí tan contento. Quería verle y al mismo tiempo no quería molestarle. Tardé todo el día en armarme

de valor para venir a verle.

—Me alegro de que lo hiciera. De todas formas yo hubiera ido a buscarle para decirle las noticias sobre el libro.

—¿Son buenas?

—Todavía no estoy seguro de lo que me está pasando.

El viejo asintió y me dio unas orgullosas palmadas en el hombro. Después condujo a Lázaro hasta el perchero, en donde lo amarró. El perro enterró la nariz en la alfombra y cerró los ojos.

—Se le ve maravillosamente, Simon. Jamás lo había visto de traje y corbata.

Mi visitante tocó tímidamente la solapa de su arrugado saco con sus enormes dedos y murmuró:

—No podía visitar al presidente de una compañía pareciendo un vagabundo ¿o sí?

—¿Por qué no? Supongo que ustedes, los traperos, trabajan con disfraces de todo tipo y probablemente se han infiltrado en un mayor número de vidas que la CIA. Son ángeles sin portafolios.

El comienzo de una sonrisa se evaporo repentinamente cuando dije la palabra «ángeles». Después se repuso y forzó una irónica sonrisa.

—Sólo un escritor podría lograr una descripción tan aguda. Sin embargo, nosotros los traperos carecemos de recursos. Además existe una explosión demográfica de basureros humanos tan vasta que no somos suficientes para hacer el trabajo adecuadamente. Me pregunto si el editor de su revista, el señor W. Clement Stone, es trapero.

Los dos nos giramos hacia el retrato de mi jefe, que me miraba cálidamente desde la pared que se encuentra a la derecha de mi escritorio.

—Debe serlo, Simon. Él me sacó de un basurero, hace dieciséis años, cuando estaba acabado, solo y bebiendo con frecuencia. Es gracioso, pero parece ser que ustedes los traperos tienen una política de silencio en cuanto a sus buenas obras. Debido a que me encuentro cerca de él he tenido la oportunidad de conocer a algunas de las personas a las que ha ayudado el señor Stone y, sin embargo, muy pocas de sus acciones como buen samaritano se publican en los periódicos.

Simon movió la cabeza en señal de aprobación.

—Eso se debe a que los traperos tratamos de seguir la ley bíblica que Lloyd Douglas hizo famosa en su libro *Magnificent Obsession*.

—O sea, hacer el bien y… callarse.

Su explosiva risa llenó la habitación.

—Eso es lo que quise decir, aunque nunca había oído que lo dijeran de esa misma forma. Creo que sigo prefiriendo el mandato original de Jesús, como lo escribió Mateo.

—Simon ¿sabía usted que cuando se publicó el libro *Magnificent Obsession* la venta de Biblias se elevó increíblemente en todo el mundo?

—¿Por qué, señor Og?

—Porque todos empezaron a buscar el pasaje bíblico que dio origen a dicho libro, y Douglas, con un rasgo de ingenio, jamás lo señaló específicamente en su libro. La búsqueda del pasaje casi llegó a convertirse en el pasatiempo más popular en este país durante un año o más, haciendo de *Magnificent Obsession* un *best seller*. Además, aquellos que encontraron dicho evangelio o capítulo lo conservaron como un secreto al que podía aspirarse sólo si se descubría personalmente.

—Podríamos utilizar ese truco actualmente, señor Og.

—Sí. ¿Conoce el pasaje, Simon?

El viejo sonrió, se levanto y me observo desde el otro extremo del escritorio, cerró su mano derecha manteniendo erguido el índice hacia mí… Y mientras lo movía, dijo:

—«Estad atentos a no hacer vuestra la justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos».

»Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

»Cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará».

Estoy seguro de que nunca fue dicho de mejor forma… excepto en la montaña… hace dos mil años.

Le serví a mi amigo una taza de horrible café y charlamos un poco mientras caminaba, taza en mano, lentamente por mi oficina. Se detuvo frente a la pared en la que se encuentran algunas fotografías autografiadas y leyó en voz alta los nombres; su voz aumentaba en volumen gradualmente cada vez que leía otro nombre más, como queriendo significar que estaba impresionado. El viejo lobo me estaba toreando, y eso me encantaba.

—Rudy Vallee, Art Linkletter, John F. Kennedy, Charles Percy, Harland Sanders, Joey Bishop, senador Harold Hughes, Frank Gifford, James Stewart, Robert Cummings, Robert Redford, Barbra Streisand, Ben Hogan, Norman Vincent Peale… ¿éstos son sus amigos?

—Algunos sí… y los otros pensaron mostrar su agradecimiento por un artículo que les hicimos algún día.

—Me gusta James Stewart. Todas sus películas… son buenas. ¿Lo conoce?

—Le conocí hace muchos años. Yo era bombardero de su grupo B-24 durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Stewart era valiente?

—Muy valiente. Terminó su viaje de combate mucho antes de que hubiera escolta para proteger a nuestros bombarderos. Además podía beber más que ninguno de nosotros.

—Bien. Bien.

Simon prosiguió con el inventario de mi oficina, probablemente comparándola con la decoración de su antigua oficina presidencial en Damasco. Un leve olor a alcanfor emanaba de su traje de corte severo

y, sin embargo, lo llevaba con una dignidad y estilo que permitían imaginarlo detrás de un enorme escritorio de caoba, dando consejos cuando estos eran necesarios y también poniéndose difícil cuando alguien lo merecía.

Finalmente dejó la tasa de café y dijo:

—No puedo esperar más tiempo. Dígame sus buenas nuevas, señor Og.

—Usted me trajo buena suerte, Simon; estoy seguro de ello. Debe existir mucho de duende debajo de esa fachada suya de trapero. ¿Recuerda esa última noche, en su casa, cuando descubrimos todas esas sorprendentes coincidencias entre el héroe de mi libro y usted?

—¿Cómo puedo olvidarla?

—Bien, cuando llegué a mi casa encontré un mensaje de mi editor, Frederick Fell. Cuando le llamé me dijo que una gran editora de libros de bolsillo quería una cita con él, su vicepresidente, Charles Nurnberg, y conmigo, el lunes, para discutir la posible compra de los derechos de reimpresión de mi libro. Por lo tanto, la noche de ese domingo viajé hacia Nueva York.

—¿Estaba preocupado, nervioso?

—No mucho… por lo menos esa noche. Pero a la mañana siguiente, en Nueva York, me levanté a las seis y fume mucho y bebí una tonelada de café mientras esperaba la hora de la reunión, a la una. Aún así, llegué al edificio de la editorial, en la Quinta Avenida, con una hora de antelación. Entonces… hice algo que no había hecho durante mucho, mucho tiempo. Justo al lado se encontraba una iglesia. Ni siquiera recuerdo el nombre, pero estaba abierta y entré.

—¿Qué hizo después?

—Recé. En realidad caminé hasta el altar, me arrodillé y recé.

—¿ Cómo rezó?

—De la única forma que sé hacerlo. No pedí nada, sólo que Dios me diera el valor y el camino para manejar lo que viniera. Es gracioso, Simon, pero casi pude escuchar una voz que preguntaba: «¿Dónde has estado, Og?». Entonces, antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, comencé a llorar… y no podía parar. Afortunadamente no había nadie, pero de todas formas me sentí como un tonto.

—¿Por qué lloraba? ¿Lo sabe?

—Me imagino que la estancia en una iglesia me recordó todos esos domingos en los que iba a misa con mi madre cuando yo era joven. Mi mundo casi terminó cuando ella murió, de un ataque cardiaco, justamente después de terminar la escuela secundaria. Ella era algo especial y me había convencido de que yo iba a ser escritor desde que estaba en primaria. Todavía recuerdo cómo revisaba mis composiciones literarias y otros trabajos escritos que llevaba a casa. Teníamos una relación tan buena que ella criticaba mi trabajo, constructivamente, y yo siempre lo aceptaba y resolvía esforzarme más. Estaba tan orgullosa cuando me convertí en redactor de noticias de nuestro periódico del colegio que cualquiera hubiera pensado que había sido contratado por el *New York Times*. Ella quería que fuera a la universidad, pero en 1940 estábamos pasando por una época difícil. Entonces murió… y yo entre en las Fuerzas Aéreas de la Armada.

—¿Nunca fue a la universidad?

—No.

El viejo volvió a observar mi oficina y sacudió la cabeza.

—Sorprendente. ¿Qué más sucedió en esa iglesia?

—Nada más. Finalmente dominé mis emociones, y para entonces ya casi era hora de nuestra cita, por lo que salí de la iglesia, crucé la calle y entré en el edificio. Cuando salí del ascensor en el piso veintiséis, me encontré a mí mismo caminando a lo largo de un gran corredor tapizado con fotografías de algunos de los escritores más famosos del mundo, cuyos libros habían sido publicados por esa editorial. Lo único que podía pensar era: «Mamá, lo logramos. ¡Estamos aquí junto a lo mejor!».

—¿Y su reunión con los ejecutivos de la compañía?

—Fue extraordinariamente bien. Una gran mesa de juntas, una gran habitación, muchos nombres, muchas caras. Como supimos después, ya habían decidido comprar los derechos de reimpresión. Lo que querían saber era si mi persona era adecuada para la promoción y el mercado junto con el libro.

—Balzac, Dickens, Tolstoi… habrían fallado en ese examen.

—Posiblemente esté en lo cierto. En fin, les hablé durante diez minutos, les dije cómo escribí el libro y supongo que les causé una buena impresión.

Ahora el viejo estaba reviviendo sustitutivamente cada minuto de mi actuación. Se recostó excitadamente y me señaló con ambas manos, motivándome para que continuara.

—Finalmente, el director de la junta observó a mi editor, Fred Fell, y le preguntó qué queríamos a cambio de los derechos. El señor Fell, con su mejor voz de jugador de póquer, contestó que deseaba un dólar por cada ejemplar en cartoné vendido hasta la fecha… y hasta ese momento habíamos vendido trescientos cincuenta mil ejemplares. Se dejó oír un poco de excitación alrededor de la mesa y el director dijo que no habían pensado llegar tan lejos. Entonces se excusó, hizo una señal a uno de los vicepresidentes y ambos dejaron la habitación. Supongo que sólo tardaron unos minutos, Simon, pero para mí fue como un siglo. Cuando regresaron, el director se dirigió hacia el señor Fell, le tendió la mano y él se la estrechó. ¡Así fue!

—¿Así de sencillo?

—Sí.

—¿Le están pagando trescientos cincuenta mil dólares?

—Sí.

— ¡Señor Og, usted es rico!

—No tanto como piensa. El señor Fell se queda con la mitad de eso y ambos lo compartimos con el Tío Sam.

—Pero, señor Og, ya ha obtenido una suma considerable en derechos de autor por todos esos libros en cartoné ¿o no?

—Sí.

—¿Sabrá usted que F. Scott Fitzgerald sólo recibió cinco dólares y quince centavos de derechos de autor, tres años después de publicarse *The Great Gatsby*, y que para la fecha de su muerte esa obra maravillosa estaba ya descontinuada?

—No, no lo sabía, Simon. No me malinterprete. No soy desagradecido. Todavía no puedo creerlo. Posiblemente fue mi oración en la iglesia.

—Y probablemente fueron las oraciones de su madre, amigo. Ahora dígame ¿dónde ha estado el resto del mes?

—Bien, ya que la edición de bolsillo no saldrá hasta la próxima primavera, el señor Fell decidió promover la edición actual durante el verano y el invierno, por lo que estuve de acuerdo en salir en viaje de promoción para la radio y la televisión durante tres semanas. He estado en catorce ciudades, he sido entrevistado más de noventa veces… está empezando a gustarme… aun hasta las sesiones de autógrafos en las librerías.

—Estoy muy feliz y orgulloso de usted, señor Og.

Permanecimos sentados durante un rato, éramos dos camaradas compartiendo una victoria. Charlamos un poco antes de que tuviera el valor suficiente para preguntarle:

—Simon ¿tuvo oportunidad de leer mi libro?

—Por supuesto. La misma noche que me lo regaló. Es hermoso. Los de la edición de bolsillo venderán millones de copias. Señor Og, el mundo necesita su libro.

Eso era adecuado para mí. Podían hacer todas las demás críticas del libro que quisieran. Simon se levantó y dijo:

—Venga. Debemos celebrar, con un jerez, su buena suerte.

Acepté.

Después de habernos instalado en las sillas acostumbradas y de que Simon sirviera el jerez, resumió nuestra conversación en la oficina.

—Señor Og, las asombrosas similitudes entre su gran vendedor y mi vida me han dado muchas noches de insomnio. Y las extrañezas posibles, después de todas las demás coincidencias, como que tanto la esposa de Hafid como la mía se llamaran Lisha, deben estar más allá de la capacidad de cálculo de una computadora.

—He tratado de olvidarme de todo, Simon. Creo que las personas que estudian la percepción extrasensorial llaman precognición a este tipo de cosas. O puede no serlo. Escribí el libro antes de conocerle, pero usted vivió esos sucesos antes de que yo escribiera el libro. No sé cómo llaman a esto, pero me aterra pensarlo. ¿Usted cree que sólo se trata de una coincidencia?

El viejo suspiró y sacudió la cabeza.

—Coleridge escribió que la casualidad sólo es un seudónimo de Dios para esos casos particulares en los que Él decide no aparecer de modo abierto mediante su firma.

—Me gusta eso. Y si éste es uno de los secretos de Dios no creo que haya mucho que podamos hacer… por lo tanto no voy a profundizar en ello. Ni siquiera lo he discutido con nadie. ¿Quién me creería?

—Es una suerte que nos tengamos el uno al otro, señor Og.

Bebimos nuestro jerez en medio de una tranquilidad que sólo puede ser experimentada por dos personas que verdaderamente se relacionan entre sí, una paz que no necesitaba ser molestada con palabras para reforzar la amistad. No sabía qué pensaba Simon, pero yo estaba tratando de armarme del valor suficiente para hacerle una sugerencia, una que me había venido a la cabeza mientras volaba desde Nueva York después de mi reunión con los editores.

Una cosa que aprendí en Nueva York fue que un buen esfuerzo propio y una inspiración al escribir eran de primordial importancia. Parecía ser que ya se tratara del estado de la nación o sólo otro ciclo publicitario, todas las editoriales estaban buscando otro *Wake Up And Live* (Despierte y viva) o *The Power Of Positive Thinkins* (El poder del pensamiento positivo) o *How to Win Friends and Influence People* (Cómo ganar amigos e influir en la gente). Cada vez que nuestro país va de pique parece ser que los libros sobre el esfuerzo propio alcanzan sus máximos de ventas y la mayoría de los editores tratan de adelantarse al futuro; y parecía que el país se dirigía hacia otra «crisis». Pensé que Simon era una persona con talento innato. Me aventuré.

—Simon ¿a cuántas personas cree haber ayudado en su papel de trapero?

No vaciló.

—En los trece últimos años… cien.

—¿Exactamente?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha llevado algún tipo de diario?

—No. Al principio de mi aventura mis intenciones eran buenas pero mis métodos para tratar de ayudar constituían un intento y un error… principalmente un error. Me temo que hice más daño que bien a esos primeros casos que descubrí, ya que les saqué parcialmente de su muerte viviente y después, a causa de mi ignorancia, les dejé caer nuevamente. Trataba de ayudar de diferente manera a cada uno de acuerdo con su personalidad individual. Gradualmente me di cuenta de que como somos diferentes (cada uno único en su forma), la falta de dignidad que originó nuestro fracaso es una enfermedad universal producida siempre por un complejo de ansiedad, culpabilidad o inferioridad… los tres niveles de los problemas emocionales aceptados por la mayoría de los estudiantes de psiquiatría. Como no sabía mucho sobre esta materia, tuve que aprenderlo del modo más difícil… en la calle y en los basureros, y después en mis libros.

—¿Y cuando descubrió este común denominador hizo algo para uniformar su sistema de ayuda?

—Sí. El hombre ha estado tratando de resolver el reto de su escurridiza dignidad desde que empezó a caminar erguido, y los sabios han escrito sobre la enfermedad y su cura durante varios siglos… cada uno ha dado una solución similar, la cual, claro está, seguimos ignorando. Cuando esta verdad se me presentó claramente, dediqué varios meses encerrado en este apartamento a la lectura de mis libros, extrayendo y purificando los verdaderos secretos del éxito y la felicidad para ponerlos en palabras tan sencillas como las verdades que proclaman… tan sencillas que la mayoría de los individuos que buscan una respuesta para sus problemas las reconocieran inmediatamente, sin tener que pagar un alto precio por seguir dichas normas sencillas al intentar conseguir una vida feliz y llena de significado.

—¿Cuántas normas son?

—Sólo cuatro… y después de esos meses de trabajo y una montaña de apuntes, me pareció que las pocas páginas que contenían la esencia de los secretos del éxito no merecían todo el trabajo que había realizado. Entonces me recordé a mí mismo que se necesitaban varias toneladas de piedra para producir una onza de oro. En consecuencia, tomé mis descubrimientos y los utilicé a mi manera… y ¡jamás han fallado!

—¿Posee ese material de forma escrita?

—Cuando terminé mi trabajo, en forma de manuscrito, lo lleve a un pequeño establecimiento de Broadway. Lo transcribieron a máquina, con el formato que les proporcioné, y copiaron cien veces el original. Después numeré cada copia, del uno al cien.

—¿Cómo distribuyó el material? ¿Usted no lo se proporcionó a cada alma vagabunda que encontraba, verdad?

—Oh, no. Por lo general el hombre no se precipita a un basurero hasta después de darse cuenta de que nadie se preocupa realmente por él. Cuando encuentro a alguien que necesita ayuda, primero trato de convencerlo de que todavía existen dos que se preocupan por él o ella: Dios… y yo. Uno en el cielo… y otro en la tierra.

—¿Y después?

—Cuando le he convencido de que verdaderamente nos preocupamos y queremos ayudarle, cuando sé que confía en mí, le digo que le voy a proporcionar un documento muy especial que contiene un mensaje de Dios. Le digo que lo único que quiero son veinte minutos de su tiempo todos los días, para que lea el mensaje que Dios le mandó… justamente antes de ir a dormir. Y que eso tiene que ser durante cien noches consecutivas. A cambio de esos veinte minutos diarios, que es un precio muy reducido, especialmente para quienes el tiempo ya no tiene mucho valor, aprenderá cómo salir del basurero y realizar el milagro más grande del mundo. Resucitará de su muerte viviente, literalmente, y al fin logrará todas las verdaderas riquezas de la vida con las que ha soñado. En otras palabras, el mensaje de Dios, absorbido día a día por su subconsciente más profundo, que nunca duerme, les permite convertirse en su propio trapero. ¡Su esfuerzo propio al máximo!

—Un mensaje de Dios. ¿No le asusta eso? Especialmente porque usted parece una fotografía de Dios. Su barba, su figura, su forma de ser, su altura, su voz…

—Señor Og, se está olvidando de algo. Yo empujé a estas personas fuera de sus propios infiernos. De su mente ya han abandonado esta vida. Están completamente seguros de que nada puede ayudarles y por eso están deseosos de asirse a cualquier mano que se les tienda. Es un poco de esperanza.

—¿Esperanza?

—Sí. ¿Conoce la historia del famoso fabricante de perfumes al que se le pidió durante la comida que ofreció el día de su retiro que explicara el secreto de su éxito? Le recordó al público que el éxito no había surgido por las finas fragancias o los envases o los métodos de mercado que había utilizado con tanto ingenio. Había triunfado porque era el único fabricante de perfumes que se había dado cuenta de que lo que estaba vendiendo a las mujeres no era aromas exóticos o glamour o magnetismo sexual. Lo que les vendía era… ¡esperanza!

—Eso es maravilloso. Ahora bien, regresando al mensaje de Dios…

—En realidad, señor Og, cuando les proporciono el documento se percatan de que no sólo es un mensaje… es un comunicado de Dios. Tengo el documento escrito e impreso con el mismo formato

que se utiliza en los comunicados de las oficinas.

Empecé a reír.

—¿Un comunicado de Dios? ¡Simon…!

—¿Por qué no? Hace mucho tiempo Dios se comunicó con nosotros esculpiendo los diez mandamientos en dos tablas que mandó a Moisés en el monte Sinaí. Más tarde, escribió una advertencia en las paredes del palacio del rey Baltasar. ¿Como se comunicaría actualmente con nosotros, si decidiera hacerlo por escrito? ¿cuál es la forma más moderna de la comunicación escrita?

—¿Los comunicados?

—Exacto. Son concisos; tienen una forma universal; son prácticos, y pueden encontrarse en casi todos los países del mundo. Nuestra nación funciona mediante comunicados… o, a lo mejor, a pesar de ellos. ¿Cuántos trabajadores empiezan cada día con las instrucciones que de sus supervisores reciben en forma de comunicados… comunicados puestos en pizarrones… pegados en las troqueladoras… al final de las líneas de ensamblaje… en las fuerzas armadas… y pasan de mano en mano en millones de oficinas? Un comunicado se relaciona mayormente con esta generación… Así que, en este apresurado mundo ¿qué formato más eficaz que un breve comunicado de Dios podría dárseles a todos aquellos que necesitan la ayuda de los cuatro secretos de la felicidad y el éxito?

Su revelación me sacudió de tal forma que casi había olvidado la razón por la cual había sacado a relucir todo esto. En parte, para mí mismo, murmuré:

—¿Un comunicado de Dios!

Simon me escuchó y señaló hacia sus libros.

—¿Por qué no? Me ha oído exponer, suficientes veces, mis teorías acerca de que Dios estaba involucrado en la escritura de muchos libros. Yo sólo extraje la esencia, suprimí a los mediadores humanos, y escribí un mensaje que procede directamente de Dios.

—Querido amigo, ciertamente no soy un experto en dicha materia ¿pero no podrían llamar a esto una blasfemia algunas personas?

El viejo sacudió la cabeza de esa forma tan especial que hace uno cuando trata con un niño que obviamente está teniendo problemas para entender algo que le parece tan sencillo a un adulto.

—¿Por qué razón va a ser una blasfemia? La blasfemia se relaciona con asuntos de Dios tratados de una forma profana o burlona. Lo que yo he hecho ha sido realizado con amor y respeto sin pensar obtener algún beneficio personal, ¡y… funciona!

—¿Cómo funciona, Simon? No me está diciendo que simplemente por leer un comunicado de veinte minutos, procedente de Dios o de cualquier otro, una persona puede cambiar su vida por otra mejor. ¿Puede tener la lectura de cualquier clase algún tipo de influencia sobre alguien… ya sea para bien o para mal? Recuerdo haber leído hace poco tiempo un informe de la comisión contra el crimen, en el que uno de los miembros de esa comisión dijo que no existía una relación directa entre la pornografía y el crimen y que, por lo que sabía, nadie había concebido ni se había enfermado por leer un libro sucio.

—Señor Og, la persona que hizo esa declaración debe ser muy estúpida e ingenua. Recuerde lo que le dije sobre los pensamientos que posee un individuo y cómo afectan sus acciones y su vida. Estoy de acuerdo en que el simple hecho de leer un comunicado de veinte minutos, una vez, hará muy poco. Pero leer el mismo mensaje cada noche, antes de irse a la cama, abre muchos pasajes ocultos de la mente…

y, durante la noche, esas ideas se filtran a todos los niveles de su ser. Al día siguiente, cuando está despierto, empieza a reaccionar inconscientemente, casi imperceptiblemente al principio, de acuerdo con el mensaje que imprimió en su cerebro la noche anterior. Lentamente, día a día, usted cambia… ya que el mensaje se trasforma de palabras e ideas en acción y reacción por su parte. No puede fallar, suministrándole lectura e impresión todas las noches.

—Pero, Simon, hemos poseído los Diez Mandamientos durante varios miles de años y observe la confusión en la que se encuentra el mundo.

—Señor Og, no culpe a los Mandamientos. ¿Cuántas personas los leen? ¿Puede usted, por ejemplo, recitar los diez?

Negué con la cabeza, y para ese entonces casi había olvidado mi idea original que dio lugar a esta conversación. Volví a intentar un acercamiento:

—Simon, usted mencionó que había ayudado a cien individuos. También dijo que cuando mandó imprimir el «Informe de Dios» había ordenado cien copias y las había numerado. ¿Significa eso que ahora no tiene ni una?

—Sí, excepto por el original del que fueron reproducidas las otras.

—¿Va a mandar hacer más?

—Señor Og, soy viejo y mis días están contados y, como ya le dije antes, hay muy pocos traperos. Es hora de que realice el esfuerzo supremo de multiplicarme para que mi trabajo continúe después de que me haya ido.

—¿Cómo lo va a hacer, Simon?

—Me gustaría que considerara una proposición. Me encantaría que leyera el original del «Informe de Dios» y viera si llena lo que debería ser su destino… su destino preordenado.

—¿Cómo?

—Al final de su libro, su vendedor más grande del mundo, entonces un viejo como yo, pasa sus diez pergaminos del éxito a una persona muy especial. ¿No sería posible que, después de todas esas misteriosas coincidencias entre el héroe de su libro y mi persona, tuviéramos una más… la última coincidencia?

—Lo siento, Simon, pero no le entiendo.

—Si quisiera, si aceptara… me gustaría proporcionarle el original del «Informe de Dios» a una persona muy especial… ¡usted! Si le agrada, si se convence de que puede ayudar a otros como yo le aseguro que puede, cuenta con mi autorización para incluirlo en uno de sus futuros libros, si así lo desea, y de esta manera será conocido por el mundo y beneficiará a miles —posiblemente a millones— de personas. ¿De qué otra forma puede un viejo trapero multiplicarse a sí mismo?

¿Había leído mi pensamiento? ¿Se trataba de otra imposible coincidencia que él me ofreciera su escrito este día, y todos los días en los que había estado planeando pedírselo?

—No sé qué decirle, Simon. Me siento honrado de que usted pueda considerarme su instrumento de transmisión.

—Usted sería lo ideal. Pero no tome una decisión apresurada sobre esto. Considérelo durante varias noches. Todavía hay tiempo. Y, por supuesto, si acepta el «Informe de Dios» debo pedirle un pequeño pago por mi trabajo, como lo haría cualquier autor que se respetase a sí mismo.

—¿Pago? De acuerdo.

—No, no… no me entiende. No estoy hablando de dinero. Si el «Informe de Dios» pasa a sus manos, es necesario, en primer lugar, que me prometa que lo usará personalmente antes de que lo presente al mundo. Usted es una persona maravillosa y sensible, señor Og. Pero hay en su mirada algo que me dice que no ha encontrado la paz o la satisfacción o la realización, a pesar de todos sus éxitos. El mundo lo alaba, pero usted no se elogia. Para mí, existe ese sentido familiar de desesperación en su comportamiento. Algo que no se ha llevado a cabo en usted y tengo miedo de que tarde o temprano explotará, a menos que vuelva a trazar su mundo. Si explota, caerá hasta lo más profundo del basurero, y este viejo trapero ya no estará para salvarle. Eso no debe ocurrir. Algunos gramos de prevención valen más que un kilo de curación. Por lo tanto, cuando usted reciba el «Informe de Dios» debe estar de acuerdo en que primero lo empleará para reafirmar y guiar su propia búsqueda de la felicidad y la paz mental. Entonces, y sólo entonces, usted lo trasmitirá a quienes estén preparados… a quienes posean ojos para ver y oídos para escuchar… y el deseo de ayudarse a sí mismos.

—¡Está bien, Simon…!

—Señor Og, usted posee un gran potencial. Es un extraño talento. No debe desperdiciarse. ¡Veré que eso no pase!

—Simon, sus palabras hacen que me sienta muy humilde, muy pequeño.

—Está muy lejos de ser insignificante, querido amigo. ¡Observe! Observe en qué lugar he puesto su libro.

Volví la cabeza y seguí la dirección de su mano abierta hacia la pila más alta de libros de «la mano de Dios» de su sala.

¡Allí, encima de todos, estaba el mío!

Capítulo 5

No volvimos a hablar del «Informe de Dios» durante el verano, y el otoño mientras que nuestra amistad se convertía gradualmente en un afecto especial. Mis visitas al apartamento de Simon casi todas las noches, y pronto también a la hora de la comida, se convirtieron en lo más importante de mi semana. La sobria morada de Simon se convirtió en un oasis de paz y ecuanimidad durante todos los días de trabajo, y los fines de semana parecían ser tortuosamente interminables por no poder estar con él. Además, por razones que todavía no entiendo, jamás se los mencioné ni a mi familia ni a nadie de *Success Unlimited*.

Simon se convirtió en mi padre adoptivo, en mi profesor, mi consejero de negocios, mi camarada, mi rabino, mi sacerdote, mi ministro, mi gurú… mi oráculo de Delfos. Cancelé invitaciones de negocios y escapé de funciones sociales para estar con él, y literalmente comencé a sentarme a sus pies para escuchar mientras daba una conferencia a su clase de un integrante, o sea, yo.

Demostrando tener una cantidad sorprendente de conocimientos y experiencia, podía hablar, en periodos que parecían ser demasiado breves, sobre el amor, la política, la religión, la literatura, la psiquiatría, la naturaleza y hasta de temas mucho más exóticos como, por ejemplo, la percepción extrasensorial, la astrología y el exorcismo. En ocasiones le estimulaba mediante una pregunta o una

afirmación perfectamente bien calculada para mantenerle hablando o para introducir un nuevo tema en el que quería saber su opinión. La profundidad de sus conocimientos, especialmente sobre filosofía y el comportamiento humano, nunca dejaron de sorprenderme.

En una ocasión interrumpió su plática, mientras se encontraba profundamente metido en la violenta condena de la actitud de complacencia, falta de orgullo y niveles de mediocridad que estaba convencido se habían convertido en la forma de vida de nuestro mundo, para preguntarme si me daba cuenta de que al escucharle estaba tomando un curso de «pretrapero»… que era igual al que otros tomaban de «premedicina» o «preprcurador de leyes». Entonces se apresuró a demostrar su aprobación por mi presencia recordándome que quienes finalmente se convirtieron en los mejores traperos habían sido individuos que, como yo, habían estado dentro de los basureros y habían salido de su propio cementerio para vivir.

Durante cinco meses asistí a la mejor universidad del país.

El profesor Simon Potter impartía la cátedra.

Yo escuchaba… y aprendía… mientras el me presentaba hábilmente a sus favoritos, tanto vivos como muertos, mediante anécdotas fascinantes y poco conocidas o mediante citas que utilizaba para dramatizar su tema principal… o sea, que todos poseemos algo más que la mera capacidad para cambiar nuestra vida por algo mejor… y que Dios nunca había puesto a ninguno de nosotros en un agujero del que no pudiéramos salir. Y que si estábamos encerrados en una prisión de fracasos y autocompasión, nosotros éramos los únicos carceleros… nosotros teníamos la única llave para nuestra libertad.

Habló del miedo a aprovechar las oportunidades, a aventurarse en empresas desconocidas y territorios que no eran familiares, y aun de cómo aquellos que arriesgaban su futuro para progresar necesitaban luchar constantemente contra esa urgencia de correr hacia su previo vientre familiar de seguridad sin importar lo sombría que hubiera sido su vieja existencia. Simon señaló que Abraham Maslow, uno de los mejores psicólogos de Norteamérica, había llamado a esto el complejo de Jonás, o sea, el deseo de esconderse de la posibilidad de fracasar.

Creía fervientemente en la toma de decisiones y la posterior quema de los puentes que se encontraban detrás de uno para que se tuviera que hacer bien las cosas, y dijo cómo Alejandro Magno se había enfrentado una vez a esta situación. Parece ser que el gran general iba a dirigir a sus hombres contra un fuerte enemigo cuyos hombres sobrepasaban en número a los suyos. Debido a la diferencia entre unos y otros, sus hombres mostraban poco entusiasmo en la lucha, pues pensaban que se dirigían hacia su fin. Cuando Alejandro hubo desembarcado a sus hombres en la costa enemiga, expidió una orden para que fueran quemadas todas sus naves. Mientras estas se hundían lentamente en llamas, Alejandro mandó llamar a sus hombres y les dijo: «¿Observáis cómo se queman vuestros barcos, véis cómo se convierten en cenizas que flotan en el mar? Esa es la razón por la que debemos vencer, ya que ninguno de nosotros podrá abandonar esta despreciable tierra si no vencemos esta batalla. ¡Caballeros, cuando regresemos a casa lo haremos en los barcos de nuestros enemigos!».

Simon no creía que nadie debiera continuar en un empleo que le hiciera desdichado o miserable. Citó a Faulkner para reforzar su argumento, tratando de imitar el acento sureño del gran escritor:

«Una de las cosas más tristes de la vida es que lo único que podemos hacer durante ocho horas diarias, día tras día, es el trabajo. No podemos comer durante ocho horas al día, ni tampoco beber, ni hacer el amor durante ocho horas diarias… todo lo que podemos hacer durante ocho horas es el trabajo. Ésta es la razón por la que el hombre es miserable y desgraciado».

Entonces, para resumir esa conferencia en particular, volvía a recalcar que debería abandonarse el empleo que hiciera que nos sintiéramos desdichados.

—Señor Og, no es cierto que la piedra que rueda no cría moho. ¡Una piedra que rueda puede criar moho y mucho más!

Presentó a Mark Twain para ilustrar su creencia de que la experiencia era por lo general una cualidad sobrestimada. Casi pude observar al viejo Samuel L. Clemens, con su arrugado traje blanco, mientras decía:

«Deberíamos tener cuidado de obtener de una experiencia toda la sabiduría que contiene… no como el gato que se sienta sobre una estufa caliente. Nunca se volverá a sentar ahí… y eso está bien… pero tampoco se sentará en una fría».

Sentía poca compasión por aquellos que se quejaban de su condición o mala suerte debido a un impedimento ya fuera físico o del medio ambiente. Me recordó la ceguera de Milton, la sordera de Beethoven, la poliomielitis de Roosevelt, la pobreza de Lincoln, el trágico matrimonio de Tchaikovsky, los aterradores primeros días de pobreza de Isaac Hayes, la ceguera y sordera de Hellen Keller y hasta la salida del ghetto de Archie Moore. Revivió para mí, hechos como que John Bunyon escribiera su libro Pilgrim's Progress mientras se encontraba en prisión, que Charles Dickens pegara las etiquetas de los recipientes de betún para zapatos, que Robert Burns y Ulysses S. Grant debieran pelear contra el infierno del alcoholismo, y que Benjamin Franklin tuviera que abandonar la escuela cuando sólo tenía diez años de edad.

Después me habló de Eddie Rickenbacker, al cual se le preguntó, después de ser rescatado, qué lección había aprendido mientras se encontraba a la deriva con sus compañeros en la balsa durante los veintiún días que pasó perdido en el Pacifico durante la Segunda Guerra Mundial. Su respuesta fue: «La lección más grande que aprendí es que si se tiene toda el agua fresca que se quiere y toda la comida que se desea, no debemos quejarnos de nada más».

Simon opinaba que ninguna persona tenía un defecto que no fuera en realidad un beneficio en potencia en lugar de una adversidad… y un día me contó una breve fábula. Una vez había un ciervo muy elegante que adoraba sus cuernos y odiaba sus horribles patas. Pero un día llegó un cazador y las horribles patas del ciervo le permitieron correr y salvarse. Más tarde, los hermosos cuernos se le enredaron en la maleza, y antes de que pudiera escapar, fue alcanzado por un tiro.

Simon me observaría y diría:

—Señor Og, cuando empiece a sentirse apenado por usted mismo, recuerde esta letrilla: «Me sentía triste… porque no tenía zapatos… hasta que en la calle… encontré a un hombre que no tenía pies».

Siempre estaba definiendo palabras abstractas mediante analogías llenas de color. En una ocasión, cuando le pedí que describiera el amor, me dijo:

—Hace algunos años, en la carrera de Indianápolis, el automóvil de un adinerado corredor, llamado Al Unser, derrapó y se estrelló contra la valla. Sólo estuvo unos segundos dentro de su automóvil, que se quemaba, cuando otro automóvil derrapó y se detuvo junto a el. Entonces, mientras que los demás automóviles pasaban peligrosamente cerca del segundo automóvil, salió de éste un joven llamado Gary Bettenhausen, quien corrió hasta el automóvil de Unser y empezó a sacarlo de entre las llamas. El señor Bettenhausen se olvidó por completo de que estaba en una carrera y que había gastado una fortuna y muchos meses de preparación para ganarla. Ese acto era, para Simon, lo que constituía el amor.

Simon tenía otro favorito dentro del mundo de, las carreras de automóviles, Stirling Moss. Después de citar el axioma de Thoreau que dice que los hombres nacen para triunfar, no para perder, el viejo imitaría con precisión el acento británico de Moss para subrayar que el hombre puede alcanzar cualquier meta si está deseoso de pagar por ello. Repetiría la frase celebre de Moss:

—«Se me enseñó que cualquier cosa puede alcanzarse si se está preparado para entregarse, para sacrificarse a fin de lograrla; sea lo que sea que quiera llevar a cabo, puede hacerlo, si se desea lo suficiente… y yo realmente lo creo. Creo que si yo quisiera correr un kilómetro en cuatro minutos, lo haría. Tendría que dejar a un lado todo lo demás en la vida, pero podría correr un kilómetro en cuatro minutos. Creo que si un hombre quisiera caminar sobre el agua y estuviera preparado para dejar a un lado todo lo demás, lo haría».

Y, por supuesto, Simon decía que la mayoría de los hombres renuncian demasiado pronto.

—Señor Og, en Sonoma, California, existe una maravillosa escuela de conducir para aspirantes a corredores de carreras o para cualquiera que realmente desee aprender el arte de conducir. Se llama escuela Bob Bondurant, creo. Sus instructores dicen que la mayoría de los conductores de esta nación abandonan demasiado pronto sus automóviles cuando ven que están a punto de chocar. Cuando se presenta la colisión dejan de tratar de salvar tanto al automóvil como a su persona mediante el viraje o el frenazo adecuado, cuando podría hacerse mucho en el momento del impacto para disminuir la gravedad del choque. Se dan por vencidos… y pagan por ello. Lo mismo ocurre con la mayoría de los seres humanos en la mayor parte de sus actividades cotidianas.

Entonces se levantaría, mirándome ceñudamente, extendiendo dos dedos en forma de V, para decirme lo que consideraba que Winston Churchill había proclamado como el secreto más grande para triunfar y que sólo contenía siete palabras.

—¡Nunca, nunca, nunca, nunca darse por vencido!

Aun cuando sus conversaciones se desviaban del tema, finalmente volvían hacia su gran interés por la creciente falta de dignidad del hombre y su común producto final, la muerte viviente. Lo que más le frustraba eran los muertos en vida que terminaban por convertirse en reales suicidas, vidas que no había podido salvar porque, como él decía, sencillamente «no podía estar en todas partes» y nunca parecía haber suficientes traperos.

—Señor Og, mire qué hora es. Fíjesela en su mente y después recuerde esto: ¡Para mañana por la noche, a esta misma hora, más de novecientos cincuenta individuos tratarán de suicidarse en este país! ¡Piense en eso! ¿Y sabe que? ¡Más de cien tendrán éxito!

Golpearía el brazo de su sillón y continuaría:

—Eso no es todo. Tendremos cuarenta nuevos adictos a la heroína en las próximas veinticuatro horas. Treinta y siete personas morirán debido al alcoholismo… y casi cuatro mil individuos desafortunados tendrán su primer colapso nervioso mañana a esta misma hora. Después piense en las otras formas en las que demostramos lo poco que apreciamos la sorprendente creación que somos. En las próximas veinticuatro horas aproximadamente, seis mil individuos serán arrestados por encontrarse ebrios y trastornados, y más de ciento cincuenta que tan poco valoran sus preciosas vidas al conducir demasiado deprsa, ocasionando su propia muerte o la de otros. Señor Og ¿sabe usted por qué sucede esto, y por qué aumenta rápidamente aquí y en todo el mundo?

Simplemente negaría con la cabeza y esperaría.

—Porque todos nosotros sabemos que podemos ser mejores de lo que somos. Oh, es verdad que la mayoría de los seres humanos no pueden traducir este sentimiento en palabras, pero ha habido algo que le aleja, por completo, del reino animal. Y ese algo, prácticamente una segunda conciencia, continúa recordándonos durante los momentos más inesperados de nuestra estúpida vida que no estamos viviendo al máximo. Por lo tanto, esto sólo es lógico si sabemos que podemos ser mejores y no lo intentamos; si sabemos que podemos obtener más bienes mundanos y no lo hacemos; si sabemos que podemos realizar un trabajo más difícil y mejor pagado y no lo intentamos… entonces no pensamos

mucho sobre este fracaso que se pasea por ahí llevando nuestro nombre. Gradualmente aumenta nuestro odio hacia esa persona. ¿Conoce algo de Maslow, señor Og?

—Jamás he sido capaz de entender lo que ha escrito.

—Maslow no es difícil si se lee lentamente y se piensa… dos actividades pasadas de moda en este país, creo. En una ocasión Maslow escribió que o las personas hacen cosas que son buenas y adecuadas y, por lo tanto, se respetan a sí mismas, o hacen cosas despreciables y se sienten desdeñables, sin valor e incapaces de ser amadas. En mi opinión, Maslow no fue lo suficientemente lejos. Creo que la mayoría de los seres humanos se sienten despreciables, sin valor y sin amor, sin hacer cosas despreciables. Sólo con ser desaliñados en su trabajo o por no preocuparse por su apariencia, o no estudiar o trabajar un poco más para mejorar su posición en la vida, o por tomar ese trago innecesario, o por realizar otros mil actos pequeños y estúpidos que empañan su propia imagen ya magullada es suficiente para aumentar el odio que sienten por sí mismos. La mayoría de nosotros no sólo tenemos el deseo de morir… ¡también el deseo de fallar!

Algunas veces Simon citaría a un escritor que citaba a otro.

—Señor Og, todos somos desdichados. Henry Miller siempre estuvo obsesionado por la frase de Tolstoi que dice: «Si eres desdichado… y yo sé que lo eres».

—Pero, Simon, la mayoría de nosotros somos desdichados sólo porque tenemos problemas. Puedo llevarle, en este preciso momento, a un hospital de esta ciudad, en el cual hay pabellón tras pabellón de personas tremendamente felices… las cuales ríen todo el tiempo… ya no se enfrentan a sus problemas… y sus ventanas tienen barrotes.

—No estoy sugiriendo un estado eufórico imposible de felicidad permanente como una concha que durara toda la vida y nos protegiera. Eso es imposible. Los problemas, grandes y pequeños, estarán con nosotros mientras vivamos. Norman Vincent Peale dijo en una ocasión que la única vez que había encontrado personas sin problemas fue cuando se encontraba paseando en un cementerio. No, la felicidad no es la cura para todo, es un antídoto… algo que nos permitirá tratar y hacer frente a nuestros problemas y aun así mantener nuestra dignidad para que no renunciemos a la raza humana… y la última forma de renuncia es, por supuesto, el suicidio.

—¿Por qué diablos no podemos lidiar adecuadamente con nuestros problemas, Simon? ¿Por qué todos somos tan desdichados aun cuando los ingredientes para ser felices se encuentran a nuestro alrededor? ¿Es ésta otra maldición, como el pecado original, sólo que peor?

—¿Por qué no somos felices? Lo repetiré para usted. Somos desdichados porque ya no poseemos dignidad. Somos desdichados porque ya no creemos ser un milagro especial, una creación especial de Dios. Nos hemos convertido en ganado, en cifras, en tarjetas perforadas, en esclavos, en habitantes de ghettos. Nos observamos en el espejo y ya no vemos las cualidades divinas que una vez fueron tan evidentes. Hemos perdido la fe en nosotros mismos. Realmente nos hemos convertido en el mono desnudo del que habló Desmond Morris.

—¿Cuándo comenzó todo esto?

—No estoy completamente seguro. Pero, por supuesto tengo una hipótesis. Creo que comenzó con Copérnico.

—¿Copérnico? ¿El astrónomo polaco?

—Sí. En realidad era médico. La astronomía era sólo un pasatiempo. Antes de Copérnico, el hombre realmente pensaba que vivía en el centro absoluto del universo de Dios, aquí en la tierra, y que todas

esas pequeñas luces de arriba estaban ahí sencillamente para deleitarlo, entretenerlo e iluminarlo. Entonces, Copérnico probó que nuestro planeta no era el centro de ninguna cosa y que constituía sólo otra pequeña luz redonda de polvo y piedra que se movía en círculos en el espacio permaneciendo cautiva de una inmensa bola de fuego mucho más grande que la Tierra. Esto constituyo un tremendo golpe para nuestro ego. Durante siglos nos negamos a aceptar los brillantes descubrimientos de este hombre. Para pagar ese precio, el conocimiento de que éramos menos que los pequeños niños de Dios, era terrible de contemplar. Por ello pospusimos el pago. Nos negamos a escuchar.

—¿Y después?

—Cuatrocientos años más tarde nuestra dignidad fue gravemente herida de nuevo. Gran Bretaña produjo un brillante naturalista, Darwin, quien nos dijo que no éramos criaturas especiales de Dios, sino que teníamos nuestro origen en la evolución del reino animal. Todavía le asestó otro golpe más a nuestra dignidad diciéndonos que descendíamos del reino animal. Esto constituyó una pastilla desagradable para que el hombre se la tragara. Durante muchos años, como usted sabe, no había podido terminar de tragarla. Y para muchos constituyó una bendición ya que se reconocía y perdonaba mediante la ciencia el comportamiento bestial de la humanidad. Después de todo, si éramos animales ¿qué podía esperarse de nosotros? Así pues, nuestra imagen, nuestra dignidad y nuestro amor propio se deslizaron un poco más por la ladera de la miseria y el infierno. Darwin nos proporciono nuestra licencia animal.

—¿Después de Darwin…?

—¿Después de Darwin? ¡Freud! Y más ventanas rotas en la casa de la dignidad. Freud nos dijo que, éramos incapaces de controlar muchas de nuestras acciones y pensamientos y que no podíamos entenderlos, ya que su origen se encontraba en las experiencias de nuestra niñez más temprana y se relacionaban con el amor y el odio y la represión, ahora enterradas profundamente en nuestra mente subconsciente. Esto era todo lo que necesitábamos. Ahora teníamos el permiso de uno de los doctores más brillantes del mundo para hacer cualquier cosa que deseáramos para nosotros mismos… y para los demás. Ya no necesitábamos una explicación racional sobre nuestras actividades. Sólo actuar… y echarle la culpa de todo a nuestros padres.

—Simon, deje asegurarme de que he comprendido lo que está diciendo. Su postura es que el hombre, en una época, posiblemente mediante una comunicación más intima con su dios, creyó que realmente era una creación maravillosa, un ser superior hecho a imagen de Dios. Después empezó a hacer descubrimientos que gradualmente destruyeron la alta opinión que tenía de sí mismo, hasta que finalmente llegó a pensar: «Si no somos seres semejantes a Dios; si no vivimos en el centro del mundo de Dios; si en realidad sólo somos animales, y si no podemos controlar y explicar muchas de nuestras acciones, entonces no somos de mayor trascendencia que la maleza de nuestro jardín. Si en verdad no somos mucho más que cualquier cosa ¿entonces, cómo podemos estar orgullosos de nosotros mismos? Y si no estamos orgullosos de lo que somos ¿cómo podemos apreciarnos a nosotros mismos? Y si no nos apreciamos ¿quién va a querer vivir con esa clase de personas…? por lo tanto… librémonos de nosotros mismos. Manejemos demasiado aprisa, o bebamos y comamos demasiado, o hagámonos los tontos a propósito para que nos despidan del trabajo y podamos meternos en un rincón a chuparnos el dedo y nos digamos a nosotros mismos que de cualquier forma no tenemos ningún valor, así que se vaya todo al diablo. ¿Es eso?

—Exacto.

Ahora me tocaba hablar a mí.

—Permítame añadir lo que puede ser otro clavo en el ataúd de la dignidad, Simon, siempre y cuando se pruebe que es correcto. ¿Ha oído hablar del profesor Edward Dewey y su Fundación para el Estudio de los Ciclos de la Universidad de Pittsburg?

—Sí. Hace muchos años adquirí una gran colección de ejemplares mensuales de la revista Cycles editada por su fundación. Deben estar empacados en algún lado. ¿Qué pasa con el, señor Og?

—El profesor Dewey ha pasado más de cuarenta años de su vida estudiando los ciclos, fluctuaciones rítmicas que se repiten con regularidad en todo desde los temblores hasta la abundancia de las cosechas y el precio de las acciones del mercado y las erupciones del Sol, y varios cientos más de diversas disciplinas.

—Lo se.

—El profesor Dewey me visitó, hace tres años, y dijo que estaba impresionado por mis escritos en la revista *Sucess Unlimited*. Me preguntó si me gustaría trabajar con él en la creación de un libro sobre los ciclos que pudiera ser entendido por todos. Me sentí tan complacido debido a su petición que así la oportunidad por los cabellos. Pase más de un año escarbando en sus archivos, notas y graficas y, finalmente, escribimos un libro llamado *Cycles, Mysterious Forces That Trigger Coming Events*.

—Señor Og, cuanto más le conozco más me sorprende usted.

—Eso es mutuo, Simon. De cualquier forma, el profesor Dewey piensa que puede existir otro factor que afecta nuestras actividades y actitudes. Piensa que existe una gran posibilidad de que diversas posiciones planetarias, cuando tienen lugar, pueden ejercer algún tipo de fuerza inmensurable que afecta nuestro comportamiento en grupo, de forma que algunas veces nos hacen pelear, otras amar y otras nos hacen pintar, componer y escribir… y mientras tanto pensamos que hacemos estas y otras cosas simplemente por razones lógicas. Dice que bien podemos ser marionetas que penden de un hilo y que debemos aprender que es lo que controla dicho hilo, más allá, y entonces cortarlo, porque de otra forma nunca alcanzaremos totalmente nuestro potencial ni volveremos a obtener nuestra dignidad.

—Me agrada su profesor, señor Og. Ahora, si usted ha crecido y se ha educado con las posibilidades que dicen que sólo es un grano de arena con un poco de dominio si no es que nada sobre su destino, y después se ve expuesto, cada día, a sucesos que agotan su individualidad, y está inmerso constantemente en la basura negativa arrojada por los periódicos, la radio, la televisión, el cine y el teatro y combina todo eso con el interés por su propia seguridad, sus ahorros, el bienestar de su familia, su futuro y después añade a esto el miedo a que el mundo se esté convirtiendo en un lugar inmundo de contaminación o puede brotar por si mismo un día de florecimiento ¿cómo puede realmente mantener un grado de dignidad cuando debe pasar la mayor parte de su tiempo, y esfuerzo sencillamente tratando de sobrevivir? ¿Para que pensar que se es algo grande? ¿Qué puede haber agradable en usted? ¿Qué tiene de maravilloso esta vida? ¿Quién llamó a esto un paraíso?

—Viejo amigo, de alguna forma me está pidiendo respuestas retóricas.

Simon frunció el entrecejo y sus hombros se hundieron momentáneamente por la debilidad de su descubrimiento. Posteriormente una amplia sonrisa desfiguró su rostro, sus ojos se abrieron al máximo, y subió el volumen de la voz.

—La respuesta paradójica, señor Og, es que a pesar de todas las fuerzas arregladas en contra nuestra aún seguimos queriendo estar orgullosos de nuestra vida. Seguimos deseando, con todo el corazón, alcanzar el máximo de nuestro potencial, y esto se debe sólo a la pequeña llama de esperanza que sigue encendida dentro de nuestro ser y que sacude la vergüenza de nuestro fracaso y nuestro descenso gradual hasta la vergüenza común de la mediocridad. Somos como esas figuras de las pinturas del Renacimiento que muestran almas condenadas al infierno que se deslizan hacia el fuego mientras que sus manos permanecen extendidas hacia arriba, aun tratando de asirse de algo, aún buscando ayuda, ayuda que por lo general nunca llega.

—¿Hay alguna esperanza, Simon? ¿Sirve de algo encender una pequeña vela en toda esta oscuridad?

—Siempre hay esperanza. Cuando se haya terminado toda esperanza, el mundo llegará a su fin. Y no piense en una sola vela cuando busque sobrepasar la oscuridad de la desesperación. Si todos encienden una vela podríamos convertir la noche más oscura en el día más claro.

Traté de jugar al abogado del diablo.

—¿Pero no se ha estropeado y herido la raza humana por su deseo de reparación? El mundo se mueve demasiado aprisa para el común de los mortales. Se hace a un lado, desde una temprana edad, y le deja su lugar al listo, al que no es escrupuloso y al mezquino. Por cada historia de éxito en este mundo existen mil fracasos miserables y la proporción no parece cambiar en una buena dirección al mismo ritmo que aumenta la población.

—Señor Og, me sorprende oírle hablar en esta forma. Parece estar midiendo el éxito y el fracaso como todo el mundo. No puede creer lo que está preguntando. No pudo haber escrito su libro pensando que el éxito se mide únicamente mediante balances bancarios.

—Tiene razón, Simon. Sin embargo, no puedo decirle en cuantos programas de aquellos en los que he tomado parte me han preguntado esto, ni cuantos individuos que no han leído mi libro y me han entrevistado, suponen que he escrito otro libro que le dice al lector cómo triunfar, lo cuál siempre se pone en paralelo con la manera de ser rico. Enfrentémonos a ello. En este país las palabras «rico» y «éxito» son sinónimos.

—Lo sé. Pero aunque sea triste, es la realidad.

—Y cuando trato de explicar frente a las cámaras que el libro tiene muy poco que ver con una ganancia financiera y mucho con paz mental o felicidad, con frecuencia consigo que se rían de mi y me hagan una serie de preguntas sumamente difíciles de contestar.

—¿Me podría poner un ejemplo, señor Og?

—Sí. Me dicen, por ejemplo, que es muy fácil hablar sobre la felicidad y la paz espiritual, pero ¿cómo consigue que sonría un hombre sin empleo y que tiene que alimentar cinco bocas y no tiene nada en el frigorífico? ¿Cómo tranquiliza la mente y el alma de una joven madre de un ghetto que ha sido arrastrada por las adversidades mientras lucha para sostener a sus tres hijos sin padre? ¿Cómo convence a un agonizante que todavía puede disfrutar lo poco que le queda de vida? ¿Qué le dice a una ama de casa convencida de que está condenada a una vida de platos sucios y camas deshechas?

—Ninguno de los problemas que mencionó son fáciles de resolver; sin embargo, déjeme recordarle, una vez más, que cada uno de esos individuos y todos en este mundo siguen poseyendo su propia luz dentro de sí. Puede haber disminuido en algunos, pero le aseguro que nunca, ¡nunca se extingue! Mientras exista un aliento de vida habrá esperanza… y aquí es donde entramos los traperos. Sólo dénos una oportunidad y nosotros podremos suministrar el combustible que será absorbido por cualquier luz sin importar lo débil que ésta sea. Un ser humano, amigo mío, es un organismo adaptable y sorprendente, capaz de resucitarse a sí mismo muchas veces de su muerte viviente si se le da la oportunidad y se le muestra el camino.

—¿Es ahí donde trabajan ustedes, los traperos? ¿Entre los muertos en vida, entre los perdedores de la humanidad?

—Generalmente, sí. He descubierto que la mayoría de los individuos no desean ni están dispuestos a aceptar ayuda antes de tocar el fondo. En ese momento creen que ya no tienen nada que perder y, por lo tanto, son mucho más receptivos hacia mi sencilla técnica para ayudarles y es más fácil que traten de

empezar una nueva vida… para realizar el milagro más grande del mundo… para resucitarse de sus muertes vivientes. ¿Acostumbra leer a Emerson, señor Og?

—No lo he leído desde mi último curso de secundaria.

—¡Qué lástima! Emerson debería ser leído por personas de treinta y cuarenta años de edad, no por adolescentes. Emerson escribió: «Nuestra fuerza nace de nuestra debilidad. La indignación que se arma con fuerzas secretas no despierta hasta que nos sentimos heridos y timados y penosamente abrumados. Cuando un hombre es empujado, atormentado, despreciado, tiene la oportunidad de aprender algo; se le ha dado ingenio, humanidad; ha obtenido hechos; aprende de su ignorancia; está curado de su locura de orgullo; ha obtenido moderación y una habilidad verdadera.

—Pero ¿no es un sueño imposible su última meta? ¿No está luchando, como don Quijote, por escapar de la realidad de esta vida, y no le importa estar condenado al mismo destino? Los viejos valores, los viejos principios, ya no funcionan. Lo que debe hacer para que ellos encuentren nuevamente su significado es cambiar por completo su medio ambiente. Simon, está hablando usted de cambiar el mundo. Se ha tratado de hacerlo una y otra vez. Hemos conseguido un *Quién es Quién* de Mártires que han luchado y han fallado.

—Ellos no fracasaron. Mientras la poderosa Roma se derrumbaba a su alrededor, un sabio llamado Paulino siguió cuidando un pequeño templo para mantenerse cuerdo y ecuánime. Actualmente puede encontrar en una librería las sabias palabras de este hombre… de este viejo y sabio trapero. Los mártires no fracasan cuando su corazón deja de latir. ¡Si hubieran fallado, usted y yo no estaríamos aquí sentados discutiendo la posibilidad de llevar a la práctica su meta común de hacer de éste mundo un lugar mejor en el cual puedan vivir todas las criaturas de Dios!

El viejo regresó a su sillón, y posó una de sus manos en mi rodilla.

—Señor Og ¿por qué no tratar de cambiar al mundo? ¿Por qué no convencer a otros de que pueden realizar un milagro en sus vidas? ¿Qué importancia puede tener para el hombre no vivir en el centro del universo si puede crear su propio mundo hermoso? ¿Por qué debe preocuparse el hombre por haber descendido del reino animal cuando se da cuenta de que posee poderes que ningún otro animal tiene? ¿Y por qué preocuparse de que algunos de sus actos sean causados por impresiones de su juventud enterradas en su subconsciente cuando aun tiene la fuerza para dominar su mente y así ordenar su destino último? Sólo el hombre, a su modo, tiene la última decisión sobre cómo vivir su vida.

Había dicho tantas cosas profundas y con importancia que yo tenía que interrumpir nuestra discusión o, por lo menos, alivianar el estado de ánimo para tener tiempo de digerir todos sus comentarios. Por lo tanto, prendí un cigarrillo y traté de hacer que picara el anzuelo.

—Simon, los astrólogos no tendrían muy en cuenta sus comentarios sobre el hombre pudiendo controlar su propio destino.

Asintió con la cabeza, con tristeza, y sonrió.

—Los videntes, los astrólogos, los médicos, quienes leen la mano, los numerólogos, los psíquicos… cada era tiene muchas frazadas de seguridad.

El viejo me despeinó.

—¿Conoce algo a Shakespeare, señor Og?

—Un poco.

—«El error, querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos…»

Capítulo 6

El día de su cumpleaños número setenta y nueve lo sorprendí con un regalo.

La impresión de que yo hubiera recordado la fecha exacta de su aniversario, el trece de noviembre, que había surgido en una de nuestras primeras conversaciones, le puso eufórico.

Detesto ir de compras, pero me pasé dos sábados completos buscando algo único y relevante que comprar para Simon. Finalmente lo encontré en Marshall Field's, en Woodfield… un geranio de vidrio fundido. Medía como medio metro, tenía un colorido y una textura tan reales que a menos de que se tocara no podía saberse que había crecido en el más extravagante invernadero.

Simon poseía un macetero, el único que había afuera de una ventana en todo el edificio. Dijo que lo había colocado tan pronto como se había cambiado a ese apartamento, y que una vez al año lo metía y lo pintaba cuidadosamente con pintura verde. También, cada primavera, plantaba incontables semillas de geranio, su planta favorita, las cuales luchaban por florecer, después se ponían terriblemente amarillas y verdes y finalmente morían. El año anterior, me dijo, trató de cambiar su suerte esperando a que fuera mediados de verano y comprando plantas crecidas y en flor. Dos semanas más tarde estaban cafés y muertas. Sin embargo, no se daba por vencido. Había encontrado una especie, en un libro, con la cual iba a intentar la próxima primavera.

El viejo insistió en que jamás le había fallado la plantación de geranios ni en su jardín de Damasco ni en el de Sachsenhausen. Una vez me describió con lujo de detalles cómo desenterraba sus plantas favoritas antes de la primera helada, cómo las ponía a secar en una base y cómo las volvía a plantar en la primavera… uno de sus primeros triunfos para ayudar a que las cosas vivientes empezaran una nueva vida. Algunos de sus geranios tenían más de veinte años. Pero no en Chicago. Simon culpó a la contaminación.

—¿Cómo puede sobrevivir algo en esta lluvia de muerte procedente de arriba y de los monstruos de gasolina de la calle? Observe el exterior, señor Og. Hoy es noche de luna llena. ¿Puede verla? ¡Por supuesto que no puede! Estamos rodeados por nuestro propio rechazo. Nos bañamos en él. Respiramos en el. Comemos en él. Hasta el agua con la que riego mis plantas contiene productos químicos que matarían a una cucaracha. Actualmente sólo las plantas y las aves mueren. Mañana ¿quién sabe? Aún así tengo fe en que finalmente podré criar un geranio y en que la raza humana despertará a tiempo para prevenir que su mundo se convierta en un gigantesco basurero.

—Será necesario que intervenga un ejército de traperos para lograr esto, Simon.

—Para que este planeta sobreviva va a ser necesario que finalmente cada ser humano se convierta en su propio trapero. No debe depender de su vecino para salvarse. Créame, señor Og, esto pasará.

En Field's habían envuelto mi regalo con el papel más extravagante del mundo, y cuando abrí la puerta y deposité la gran caja dorada en sus manos y dije simplemente: «Felicidades, viejo amigo», tomó la caja, abrió la boca sin poder articular palabra. Después brotaron de sus ojos unos lagrimones que se deslizaron por sus mejillas. Depositó cuidadosamente la caja en el suelo y me abrazó. Finalmente puso sus gigantescas manos a ambos lados de mi cara y me besó en la frente.

—Señor Og, éste es el primer regalo de cumpleaños que recibo desde hace treinta y cinco años. ¿Cómo supo el día?

—Un día lo dejó escapar. Abra la caja.

—No puedo. Es demasiado maravillosa como para abrirla. El papel, es tan bonito. No debería romperlo.

—Se trata sólo de un pedazo de papel. Adelante. Ábralo.

Simon se sentó en la alfombra y depositó la caja frente a el de manera que quedaba una de sus piernas a cada lado de ésta. Primero desamarró cuidadosamente el listón y lo puso a un lado. Después deslizó los dedos debajo del papel, y cuando encontraba un pedazo de cinta adhesiva la desprendía cuidadosamente, para al fin desenvolver la gran caja de cartón café. Posteriormente sacó su navaja de bolsillo, cortó la tira engomada de la superficie superior y abrió la tapa. Miró hacia el interior y frunció el entrecejo. Entonces empezó a sacar los metros de papel con el que había sido empacada la planta, saboreando cada momento con esa clase de excitación y anticipación infantiles que sólo pueden verse en Navidad. Por último tomó cariñosamente su regalo, del interior de la caja.

— ¡Un geranio! No puedo creerlo. ¡Un pelargonio de la mejor clase! Una flor de exhibición, una aristócrata de sangre azul, si es que alguna vez he visto una. ¡Y no es real! ¡Dios mío! ¡Es de vidrio! Señor Og ¿en dónde encontró esta increíble obra de arte? Y observe ¡observe el rojo de su florecimiento! En una ocasión, en Jerusalén, vi un geranio con el mismo brillo iridiscente. Traté de comprarlo pero no tuve éxito. ¡Que regalo! Un regalo tan costoso, señor Og. ¿Qué puedo decir?

—No diga nada, Simon. Me siento feliz de que le haya agradado. Sólo es una muestra de amor y agradecimiento por todas las horas de sabiduría y esperanza que ha compartido conmigo. Feliz cumpleaños… y le deseo otros setenta y nueve más. Para entonces se había puesto de pie, llevando la planta de un lugar a otro, buscando el lugar perfecto para ella. La depositó en la mesilla del café, se alejó, estudió la situación por algunos minutos, sacudió la cabeza en señal de desaprobación y la quitó de ahí. Después la colocó sobre el aparato de televisión. Tampoco. Después la colocó en la mesa, detrás de las fotografías de su familia. Se veía mejor. Pero no era el lugar adecuado.

Al observar su nerviosidad mientras movía su regalo de un lado a otro, tuve repentinamente una inspiración.

—Simon, sólo existe un lugar perfecto para el geranio.

Hizo una pausa, de mala gana, como si le estuviera echando a perder su diversión.

—¿Donde, señor Og?

—Bien, es de vidrio, así que la contaminación no lo dañará. ¿Por qué no lo planta en el exterior, en el macetero de la ventana? Quién más, en toda la ciudad, tendrá un geranio en su ventana floreciendo en noviembre… y diciembre… y enero, y todos los meses del año?

—Eso fue un toque de ingenio, señor Og. Además puede estar allí para desearle los buenos días, cada mañana, mientras maneja hacia el interior del estacionamiento. Lo haré. Pero… usted debe llevar a cabo la ceremonia.

—¿La ceremonia? ¿Qué quiere decir?

—Debe plantarlo por mí. Espere… espere… Traeré mi pala.

Y así, entre los dos, plantamos nuestro geranio de vidrio de noventa y cinco dólares. Luchamos contra la ventana de la sala hasta que se movió de mala gana y mientras unas ráfagas de los vientos prematuros de invierno casi cortaron mi respiración, me asomé e hice un agujero en la tierra casi congelada del

macetero. Simon me pasó la planta y enterré el tiesto, cubriéndolo con arena, para que sólo se viera la planta. Después nos alejamos un poco para admirar nuestro paisaje mientras la luz de la sala se reflejaba en los pétalos de la flor.

—Es muy hermosa, es muy especial —gritó Simon—. Finalmente tengo mi geranio. ¿Lo ve? Aquel que persevera alcanza. ¡Quién si no usted encontraría un regalo así!

—Es para mi trapero favorito, eso es todo.

Después hicimos un brindis, con Jerez, por supuesto, por sus setenta y nueve años, y mientras nos sentábamos observé que Simon luchaba para mantener bajo control sus emociones. Sus labios temblaban ligeramente y sus ojos estaban entrecerrados. Me pregunté a mi mismo cuál sería el recuerdo en el que se encontraba sumergido, pero no formulé la pregunta. Finalmente sacudió la cabeza, como si pretendiera aclarar su mente, y dijo:

—Nada es más vergonzoso que un viejo no pueda mostrar con algo que ha vivido mucho excepto por sus años.

—Se quién dijo eso. Fue Séneca ¿no?

—Señor Og, usted es demasiado listo para tener sólo cincuenta años de edad.

—Pero, Simon usted tiene mucho que mostrar sobre su vida. Sólo considerando todos estos años en los que ha vivido como trapero con todas esas personas a las que ha ayudado

—Sí… mis ángeles procedentes del basurero. Amo a cada uno de ellos. Son mi boleto al cielo… mi pasaporte hacia Lisha… y Eric.

—Simon, me gusta más que el de Séneca el comentario de Henry Ford sobre las personas viejas.

—¿Sí?

—Ford dijo que si se sacara toda la experiencia y el juicio de las personas que pasaban de los cincuenta años de edad en este mundo no habría suficientes cerebros y talentos para que éste funcionara.

—Pero, señor Og, Ford no dijo eso hasta que había pasado los cincuenta. Y entonces, por supuesto, estaba de moda el comentario del humorista alemán del siglo dieciocho, Ritcher. ¿Lo sabe?

—Sabía que me superaría. Adelante.

—Ritcher dijo: «Como un sueño de la mañana, la vida se vuelve más brillante cuanto más vivimos, y la razón de todas las cosas aparece más clara. Lo que nos ha preocupado antes nos parece menos misterioso, y las sendas tortuosas parecen ser más rectas cuando nos aproximamos al fin».

Como si un imán gigantesco me atrajera repentinamente, me levanté de mi asiento, me dirigí hacia Simon y me senté a sus pies. Levanté la cabeza hacia su hermosa cara y dije:

—El «Informe de Dios». Creo que estoy listo para leerlo. Consideraría un honor y un privilegio que me lo diera y le prometo que haré todo lo que esté en mis manos para entregarlo al mundo. No puedo acordarme de ninguna época desde que empezó nuestra relación en la cual lo haya necesitado más que ahora.

El viejo suspiró suavemente; en su cara había una expresión de descanso abrumadora.

—Temía que hubiera rechazado mi oferta o, que con el paso de los meses la hubiera olvidado. Su aceptación es un regalo aun mayor que el geranio. Sin embargo, he pensado algunas cosas desde que le hice mi ofrecimiento.

—Simon, lo que quiere decir es que ha cambiado de opinión.

—No, no… no es eso. Sólo que he pensado que las personas pueden no tomar en serio su mensaje, señor Og, ya que es sencillo, corto y básico. Actualmente parece ser que cuanto más complicadas, resonantes y costosas se hagan las instrucciones para la propia ayuda, más personas son atraídas, mientras que tienden a hacer menos a individuos tales como Dale Carnegie, Dorothea Brande, Napoleon Hill, Norman Vincent Peale y hasta a W. Clement Stone, quienes ofrecen soluciones sencillas pero prácticas para los problemas de la vida. Más aún, es una cosa aconsejar y consolar a una persona, conociéndola personalmente, antes de introducirla al «Informe de Dios», porque se posee la fuerza de la personalidad que añade fe a su regalo. Y es un problema totalmente distinto el que las palabras impresas, sin ningún primer condicionamiento mental de la persona, sean lo suficientemente fuertes como para motivar a que el lector actúe.

—Simon, siempre habrá un pequeño grupo de detractores, con mucha educación y poca experiencia, listo para acusarle de ofrecer soluciones simplistas y protectoras a lo que ellos clasifican como problemas extremadamente complicados, necesitando por lo general cinco años de sesiones de terapia con un costo de cincuenta dólares la visita semanal. Así pues, me gustaría obtener un dólar por cada ser humano que haya sido ayudado, verdaderamente ayudado, inspirado por la lectura de Carnegie, Peale, Brande, Hill, Stone y muchos otros, aun sin haber conocido a los autores.

—Incluyendo a Mandino.

—Formaré parte de ese grupo el día que ellos me necesiten: Simon ¿aun quiere multiplicarse a sí mismo? ¿Aún quiere ayudar a miles y no sólo a un puñado?

—Por supuesto.

—Bien, hay dos ingredientes necesarios para que el «Informe de Dios» se convierta en todo un éxito. En primer lugar, debe existir la necesidad de él y entonces debe haber un escaparate que asegure la amplia distribución entre aquellos que lo necesiten. Recuerdo que Lillian Roth escribió en su libro I'll Cry Tomorrow, que había sido incapaz de rescatarse a sí misma de su muerte en vida, por el alcoholismo, hasta que finalmente aprendió a decir las dos palabras más difíciles que jamás pronunció. Dichas palabras eran «necesito ayuda». Usted mismo me dijo que el mejor momento para ayudar a las personas era cuándo habían perdido toda esperanza y ya no contaban con nadie en quién apoyarse. Simon, si se pone a escuchar, casi podrá oír un coro de millones de personas de toda clase, posición y profesión en el mundo, pidiendo ayuda. La necesidad de su mensaje ahora, es tan grande que posiblemente nunca la llenaremos tan bien como deberíamos. Rico o pobre, blanco o negro, bello o feo, solitario o no… todos necesitan ayuda. Existen millones que piensan que la vida, su vida, no ha sido el paraíso, en cambio sí un infierno… en la tierra.

Simon había inclinado la cabeza y estaba tan pendiente de mi conversación como generalmente yo lo estaba de la suya. No hizo ningún comentario, así que continué.

—El segundo ingrediente para asegurar el éxito es que el «Informe» obtenga una buena distribución. Ni siquiera lo he leído, pero le prometo esto: haré del «Informe de Dios» parte de mi próximo libro y también escribiré sobre usted… y llamaré al libro El milagro más grande del mundo. Le mostraremos al mundo cómo realizar ese milagro… cómo reciclar su propia vida y a regresar de su muerte en vida.

—¿Haría usted eso por mi?

—Por usted, por supuesto… pero también por todos aquellos seres humanos que desean una oportunidad para vivir y ni siquiera se dan cuenta de que ésta los está esperando.

De repente toda la habitación se llenó con su risa.

—Señor Og, como recuerdo de mis días como presidente, la mayor parte de los memoranda tenían copias al carbón que pasaban a diversos individuos o departamentos dentro de la organización. El «Informe de Dios»… ¿podemos sacarle copias para distribuirlas por el mundo?

—¿Por qué no? Tenemos cuatro mil millones de trabajadores en esta compañía nuestra, todos luchando por una vida mejor… o deseando luchar si supieran cómo. Démosles a todos la oportunidad de descubrir el milagro más grande del mundo y, cuando eso suceda, tendremos nuestro cielo aquí mismo, ¡en la tierra!

—Nosotros les mostraremos cómo, señor Og, se lo mostraremos.

—Simon, al igual que la mayoría de las veces que estoy con usted he perdido la noción del tiempo. Debo apresurarme. ¿Puede proporcionarme el «Informe» para que lo lea durante el fin de semana?

Su vacilación casi imperceptible podría haber pasado desapercibida para cualquier otro.

—No esta noche, amigo mío, pero sí pronto… muy pronto estará en su poder.

Lo conocía lo suficiente como para no presionarle.

—Está bien; buenas noches, viejo amigo.

—Buenas noches, joven amigo. Y gracias por esta fiesta de cumpleaños que nunca olvidaré. Usted ha encendido una vela para mí esta noche.

Mientras caminaba por debajo de la barra del estacionamiento que él había sostenido aquel día en la nieve, aproximadamente un año antes, me volví y miré hacia la ventana de su apartamento.

Ahí, dibujado contra la cálida luz procedente de la sala, estaba la oscura sombra del nuevo geranio rojo de Simon.

Capítulo 7

El grueso sobre de manila descansaba ominosamente sobre mi escritorio ese lunes que jamás olvidaré.

Había estado de viaje nuevamente en lo que estaba convencido que sería el último viaje de promoción de mi libro. Este aburrido viaje había tomado dos semanas, doce vuelos, diez ciudades, diez camas de hoteles extrañas, diez llamadas tempraneras para despertarme… y la misma serie interminable de preguntas y respuestas desde Nueva Orleáns hasta Monterey.

Llegué temprano a la oficina esperando poder adelantar el trabajo acumulado en la canastilla de «entradas». El olor del café recién hecho impregnaba el lugar. Sólo vi a Noramzyk, que había llegado temprano desde siempre, se me había adelantado.

Tomé el sobre marrón y observé la cuidadosa escritura europea del anverso con una combinación de horror y pánico. En la esquina superior izquierda, en donde generalmente se escribe el remitente, se encontraban las siguientes palabras:

Un regalo de despedida

de parte de un viejo trapero.

En el centro del sobre se encontraba mi nombre y la dirección de mi oficina:

Sr. Og Mandino,

Presidente de la revista

Sucess Unlimited

6355 Broadway

Chicago, Illinois 60660

En la esquina superior derecha se encontraban los sellos por valor de un dólar veinte céntimos. No estaban canceladas. No había ninguna marca de la oficina de correos.

Aventé el paquete y salí corriendo de mi oficina justo en el momento en el que empujé la puerta que da al corredor, Pat entraba. Su sonrisa de bienvenida se esfumó cuando observó la expresión de mi rostro.

—¿Qué pasa?

La así por un brazo y prácticamente la empujé hasta mi oficina. Entonces me incliné hacia el escritorio para levantar el sobre de donde lo había arrojado y se lo mostré.

—¿Cuándo recibimos esto?

Tomó el sobre de mis manos, leyó el mensaje y se encogió de hombros.

—No lo sé. Toda su correspondencia está en la caja. No había visto esto antes… No estaba aquí cuando cerré el viernes. Debe haber llegado esta mañana. Posiblemente llegó por medio de un mensajero ¿no?

Tomé el teléfono con violencia y marqué los dígitos 24… o sea, los de nuestro departamento de suscripciones. Barbara Voigt, nuestra gerente de suscripciones, no tuvo tiempo de darme la bienvenida.

—Barbara, pídale a Vi que suba a mi oficina, por favor.

Vi llegó pronto a mi oficina, deteniéndose incómodamente en la puerta; su cara angelical expresaba preocupación e intriga por la razón por la que quería verla.

—Vi ¿abrió la oficina esta mañana?

—Sí, siempre lo hago.

—Lo sé. ¿Le dio alguien este paquete?

—No.

—¿Vio a algún extraño cuando abrió esta mañana?

—No, nadie andaba por aquí, excepto Charlie, el portero. Yo sólo preparé el café; como siempre, esperé hasta que se llenó la cafetera, me serví una taza y salí. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Está bien. No se preocupe. Gracias.

Deposité el sobre en mi escritorio. Tomé mi sobretodo y salí corriendo de mi oficina. La acera estaba empezando a volverse blanca debido a la primera nevada de Chicago, y vagamente recuerdo haberme resbalado, y haber caído varias veces mientras corría hacia el estacionamiento; atravesaba la calle Winthrop y me adentraba en el edificio donde vivía, Simon. No me molesté en tocar la campana y subí apresuradamente las escaleras hasta llegar al segundo piso. Cuando llegué, empecé a golpear la puerta del apartamento de Simon.

Finalmente se abrió la puerta y me encontré a mi mismo observando la cara de una mujer cuyo cabello estaba lleno de rizadores, y que sostenía a un pequeño entre sus brazos. Otro mugriento niño se abrazaba fuertemente a la bata rosa de la mujer. Pensé que Simon debía estar involucrado en otra de sus misiones de caridad.

—El señor Potter, por favor.

—¿Quién?

—El señor Potter. El viejo. Él vive aquí.

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

—¿De qué está hablando? Él ha vivido aquí durante años. Dígale que Og Mandino está aquí.

—Mire, Mac, mi nombre es Johnson. He vivido aquí durante cuatro años y tengo que saber que aquí no hay nadie llamado Potter.

Empezó a cerrar la puerta pero lo impedí con el brazo y entré al apartamento.

—Vamos, señora, no juegue conmigo. Yo he estado en este apartamento más de cien veces durante este año. Un viejo llamado Simon Potter vive aquí. ¿En dónde está?

Antes de que la mujer pudiera responder, mis ojos revisaron el apartamento, y mientras lo hacía sentí cómo se me enchinaba la piel. Ni una sola cosa me era familiar. Nuestros dos sillones favoritos no estaban ahí. No estaban las pilas de libros. La alfombra había sido remplazada por un espantoso linóleum anaranjado y azul. La mujer, que ahora apretaba al pequeño contra su pecho, murmuró:

—Mac, le doy cinco segundos para que se largue antes de que empiece a gritar y llame a la policía. ¡Quién demonios se cree que es para entrar en esa forma a mi apartamento, animal! Debería estar en la cárcel o en un manicomio. ¡Lárguese!

Sentí que las piernas me temblaban. Tenía el estómago hecho nudos. Tenía ganas de vomitar. Me dirigí lentamente hacia la puerta y elevé mis brazos con desesperación.

—Lo siento, señora. Probablemente me encuentre en el apartamento equivocado. ¿Conoce a Simon Potter? Viejo, piel oscura, muy alto, y posee un perro, un *baset*.

—No hay nadie con esas señas en este edificio. Tendría que conocerlo, he vivido aquí durante cuatro años.

—¿En el apartamento vecino?

—En esa dirección vive una viejilla italiana con su hija. En ésa, ahí, un negro que vive completamente solo. Le digo que aquí no vive nadie llamado Potter. ¡Ahora desaparezca!

Me disculpé una vez más y salí hacia el corredor. La puerta se cerró de golpe y pude observar los números rojos que me eran tan familiares… 21. Seguía sintiéndome débil, así que me senté en las escaleras para tratar de ordenar mis pensamientos. ¿En dónde estaba Simon? ¿Estaba soñando todo esto? Si era eso, entonces estaba teniendo una pesadilla infernal.

En cualquier momento, pensé, saldría Rod Serling bajando las escaleras y me daría la bienvenida a otro programa más de la serie «Galería nocturna».

Entonces, tuve una idea. Bajé las escaleras corriendo, pasé el vestíbulo, y salí disparado hacia el sótano. En el último extremo podía observar una luz y podía escuchar el zumbido del calentador de petróleo. Una figura ligeramente sombreada estaba recostada en el respaldo de una silla debajo de la única lámpara.

—¿Es usted el portero?

—Sí, señor, sí, señor.

—¿Ha estado aquí mucho tiempo?

—Toda la noche.

—No. no… quiero decir ¿cuánto tiempo ha trabajado en este lugar?

—En febrero cumpliré once años.

—¿Existe algún Simon Potter registrado como propietario de un apartamento de este edificio? Alto, de piel oscura, pelo largo. Barba. Se parece mucho a Abraham Lincoln. Tiene un perro, un *baset*.

—En este edificio no están permitidos los perros.

—¿Conoce al hombre que le describí?

—No, señor.

—¿Ha visto alguna vez al hombre que le he descrito,, ya sea aquí o afuera, en la calle?

—No, señor. Conozco a todos los que viven en el edificio y prácticamente a todos los del vecindario, y cerca de aquí en los últimos once años y jamás he visto al hombre que dice, se lo aseguro.

Está seguro?

—Completamente seguro.

Subí los escalones corriendo, atravesé la calle hasta el estacionamiento y abrí el automóvil. Finalmente me encontré en la estación de policía de la avenida Foster, aunque sigo sin recordar cómo llegué hasta ahí. Estacioné mi automóvil entre dos automóviles patrulla y corrí hasta la estación. Esperé impacientemente frente a la ventanilla alambrada hasta que un joven sargento hizo una fría señal de asentimiento.

—Sargento, mi nombre es Mandino y mi negocio se encuentra en Broadway.

—sí, señor.

—Una persona ha desaparecido. Tenía un amigo que vivía en un apartamento, en el número 6353 de la calle Winthrop. Lo conozco desde hace más de un año. Estuve fuera dos semanas y cuando regresé, esta mañana, había un paquete sobre mi escritorio, el cual tenía mi nombre y dirección y algunas palabras en la esquina, superior izquierda que suponían que ese era un regalo de despedida de su parte.

—¿Qué había dentro del paquete?

—No lo sé. En el momento en el que leí el mensaje de despedida corrí a su apartamento y…

—¿Y…?

—Él no estaba ahí. Más aún, las personas que se encontraban en su apartamento dijeron que él nunca había vivido ahí… y no conocían al hombre que les describí.

—¿Está seguro de haber ido al apartamento adecuado?

—Estuve en él miles de veces. Apartamento número 21. Hablé con el portero del edificio; no conocía a nadie llamado Simon Potter; dijo que nunca había habido una persona así en el edificio en los últimos once años en los cuales él había trabajado en el edificio.

—¿Se siente bien, señor?

—Sí, estoy bien. Estoy sobrio y no estoy molestando, en serio. ¿Cómo diablos iba a inventar una historia tan extraña?

—Escuchamos historias más extrañas.

—No lo dudo.

—¿Cuál era el nombre de esa persona?

—Potter… Simon Potter. Tenía casi ochenta años de edad. Pelo largo y oscuro. Y barba. Alto. Poseía un perro… un perro *baset*.

El sargento encendió un cigarrillo y me estudió detenidamente durante algunos segundos Después se volvió sin decir absolutamente nada y se introdujo en una oficina posterior. Posiblemente pasaron unos quince minutos antes de que reapareciera.

—No hemos recogido a nadie que tenga ese nombre o responda a la descripción de su amigo, por lo menos en las tres últimas semanas. Pero nos encontramos en una enorme ciudad. ¿Por qué no va a echar un vistazo al hospital Cook County?

—Está bien.

—Y a otro lugar.

—¿A dónde?

—A la morgue de la calle Polk.

Me dirigí hacia el hospital. Ahí fueron considerados y pacientes conmigo y revisaron los registros de los últimos catorce días. No había nadie que tuviera el nombre de Simon o respondiera a su descripción, que hubiera sido traído para algún tipo de tratamiento. También ellos sugirieron que fuera a la morgue. Hacia allá fui. Me trataron desconsideradamente… como si se tratara de alguien que estuviera llenando una queja en una tienda de apartamentos. Obviamente habían escuchado historias similares, hora tras hora, sobre padres, hijos, hermanos, hermanas, amantes perdidos. Revisaron metódicamente sus archivos microfilmados y al final se me acercó un joven que sostenía en la mano un expediente.

—Señor, tenemos a un «no identificado» que responde a la edad y descripción general. ¿Quiere echarle un vistazo?

Asentí con la cabeza y le seguí. Mientras caminábamos a lo largo del iluminado corredor que olía a antiséptico, tocó mi brazo y dijo:

No permita que la impresión le sobrecoja. Todavía no han inventado un desodorante que anule estos olores.

Finalmente empujó una puerta rechinante y entramos a una habitación helada llena de gigantescas gavetas alineadas, como si se tratara de archiveros. Revisó, el número de una de ellas y jaló de la manija. Volteé la cabeza hacia otro lado no queriendo ver. Finalmente me forcé a mí mismo y observé el cuerpo desnudo de un hombre muy viejo; su cabello largo caía a ambos lados de su cara sobre su pecho; sus ojos aún estaban entre abiertos. Mi corazón latía apresuradamente mientras me inclinaba para observar mejor a este pobre ser humano sin nombre que había caído en su último basurero.

No era Simon.

Finalmente me dirigí hacia Personas Perdidas, en South State. Nada.

La nieve caía mientras me detenía frente al estacionamiento. Salí del automóvil, le di la vuelta a la llave, y observé cómo se movía lentamente la barra hacia el cielo, recordando nuevamente el primer día en la nieve cuando un extraño y hermoso hombre entró en mi vida y sostuvo en sus desnudas manos el mundo para mí. Me subí al automóvil, golpeé el volante con mis puños, y lo introduje en el estacionamiento.

Debo haberme visto terriblemente mal. Hasta los integrantes de mi grupo se alejaron de mí, como si no notaran mi presencia cuando volví a entrar a mi oficina, tirando nieve, a lo largo de la alfombra roja de la recepción. Al pasar frente al escritorio de Pat le hice una seña con la cabeza, ella se levantó y me siguió.

—Cierre la puerta… y siéntese.

Frunció el entrecejo y se sentó frente a mí. Sus ojos estaban abiertos tanto por miedo como por la preocupación.

—Dios mío, Og ¿qué pasa?

—Creo que me estoy volviendo loco, Pat. Ahora escúcheme. Vive en la calle Winthrop ¿no es así?

—sí, a una cuadra de aquí, aproximadamente.

—Cada mañana, cuando viene hacia aquí ¿corta por el estacionamiento?

—Sí.

—¿Ha visto alguna vez a un viejo extraño caminando por el estacionamiento? Tiene el cabello largo y barba, y anda con él un *baset*. Usa ropa chistosa y generalmente está alimentando a las palomas.

Pat pensó por algunos segundos y sacudió su cabeza.

—Generalmente hay algunos borrachos por ahí, pero ninguno es como el que describe.

—¿Nunca ha visto a ese hombre? Es muy alto y muy viejo. Algunas veces lleva un crucifijo de madera colgando de su cuello.

—Nunca. ¿Qué pasa, Og? ¿Cuál es el problema?

—Está bien, Pat. Después le cuento. Gracias. Oh… detenga mis llamadas hasta que le diga.

Después que cerró la puerta traté de poner en orden mis pensamientos… cazando mariposas alusivas y efímeras de imágenes irracionales… tratando de pasar por alto el dolor que sentía en la cabeza… y en la boca del estómago. ¿Estaba enloqueciendo? ¿Era así cómo llegaba a su punto máximo una depresión con la incapacidad de relacionar un pensamiento racional con otro? ¿Es esto de lo que advierten todos los seminarios para ejecutivos y libros que le pasará si presiona a su cuerpo y cerebro hasta más allá de sus límites, al tratar de comprimir varias vidas en una por el loco intento de triunfar? ¿Finalmente el cerebro se confunde de canal en usted y le fuerza a participar de una tierra de fantasía de actos y conversaciones con personajes sacados de algún cuento infantil ya olvidado? ¿Es éste el último escape cuando las presiones y responsabilidades se hacen demasiado grandes para hacerles frente?

¿Era Simon un sueño? Imposible. Más aún, si Simon estaba cerca del estacionamiento casi todas las mañanas ¿por qué Pat nunca lo había visto? ¿Y el apartamento? ¿Me estaba jugando alguien una especie de broma macabra? Además ¿por qué jamás había hablado de Simon con alguna persona? ¿Y qué sobre sus pláticas… aquellas horas inapreciables de inspiración, saber y esperanza? Y, sobre todo, lo referente al trapero… que sacaba de los basureros a los rechazados de la raza humana… mostrándole a la gente cómo realizar el milagro más grande del mundo… Dios mío, no podía haber inventado todo esto ni en los momentos más creativos.

Miré hacia atrás tratando de encontrar algún vestigio de cordura cuando, de repente, me di cuenta de que había estado dando vueltas entre mis manos al sobre de manila. ¡El sobre marrón: mi único lazo con la verdad… mi único lazo con Simon… mi prueba de que realmente existía!

—Simon, Simon… ¿dónde diablos está? No me haga esto. ¡No merezco esto de su parte!

Debo haber estado al borde de un shock… ya que gritaba en dirección de tres sillones anaranjados situados frente a mi escritorio. Finalmente tomé el sobre, lo abrí, y encontré varias hojas escritas a máquina unidas con una grapa.

Mientras hacía esto, cayó sobre mi escritorio un objeto. Lo tomé… era un alfiler de seguridad del que pendía un pedacito de tela blanca de aproximadamente media pulgada cuadrada.

Hice a un lado el alfiler. Junto a las hojas había una carta para mí, rotulada por la misma mano que había escrito el sobre.

La carta no tenía fecha…

Capítulo 8

Querido señor Og:

No estoy bien preparado para tratar con las legalidades específicas y tardadas para la escrituración de mi último deseo y testamento. Permita que esta carta sea suficiente.

Durante el pasado año usted trajo amor, compañía, risa y agradable conversación, para no mencionar un geranio rojo inmortal, a la vida de un viejo trapero.

Los traperos, debido a la naturaleza de su profesión elegida, no están acostumbrados a estar en el extremo del recibimiento de los regalos más finos de la vida, ni tampoco es inteligente estar demasiado unidos con aquellos a los que se pretende ayudar. Sin embargo, existen ocasiones en las cuales los maestros tienen que ser enseñados, los doctores deben ser curados, los abogados deben ser defendidos, los actores deben ser espectadores, y hasta los traperos deben ser amados.

Sé que usted me ha amado, al igual que yo lo amo.

Por lo tanto, es propio que le deje como legado la copia original del «Informe de Dios», no sólo para cumplir mi promesa, sino también para la culminación de esa larga serie de coincidencias aparentemente milagrosas entre el gran vendedor de su libro y mi persona.

Posiblemente después de haberse beneficiado de la mucha introspección y pensamientos relacionados con nuestra amistad, podrá darle la perspectiva adecuada a los pasados doce meses y hasta llegue a la conclusión final de que no era una tarea tan difícil escribir un comunicado procedente de Dios, como lo fue que aceptara su existencia.

Debido a que sé que usted es un hombre impetuoso, estoy seguro de que mucho antes de haber llegado hasta este punto de mi carta ya ha estado buscándome en vano, y ahora se siente atormentado por la pena y La preocupación por mi bienestar. No tema. Borre toda preocupación de su mente. Con las palabras de otro trapero le pido ahora que no se apene más… ya que a donde voy no puede seguirme ahora, pero algún día lo hará.

No olvide que usted y yo tenemos un contrato. El «Informe de Dios» está ahora en su posesión y deseo que lo comparta, finalmente, con el mundo, pero sólo después de que haya aplicado sus principios a su propia vida, de acuerdo con mis instrucciones.

Recuerde que las tareas más difíciles son consumadas, no por una explosión repentina de energía o esfuerzo; sino por la aplicación diaria y constante de lo mejor que tiene dentro de su ser.

Para cambiar la propia vida para bien, para resucitar el propio cuerpo y mente de la muerte viviente, se requiere de muchos pasos positivos, uno enfrente del otro, con la vista siempre puesta en sus metas.

El «Informe de Dios» sólo es su pasaje, hacia una vida mejor. No hará nada por usted a menos que usted abra su mente y su corazón para recibirlo. Por sí mismo no le moverá ni una sola pulgada hacia ninguna dirección. Los medios de trasporte y las fuerzas para romper su inercia deben ser generados por fuerzas dormidas desde hace mucho tiempo, pero que aún están vivas dentro de su ser. Siga estas normas y sus fuerzas se autoimpulsarán:

1. Primero, marque este día en su calendario. Después cuente hasta que llegue al día número cien y márquelo. Esto establecerá la duración de su misión sin tener necesidad de contar cada día que pasa.

2. En seguida, en este sobre encontrará un alfiler de seguridad, al cual se le ha añadido una pequeña pieza de tela blanca en forma de cuadro. Esta combinación de alfiler y tela, dos de los materiales más comunes y poco atractivos del mundo, constituyen un amuleto secreto de trapero. Úselo en un lugar visible como un recuerdo constante durante los próximos cien días, de que usted está tratando de

vivir de acuerdo con el «Informe de Dios». Su alfiler y tela son símbolos… signos de que se encuentra en el proceso de cambiar su vida de alfileres y trapos de fracasos por los tesoros de una vida nueva y mejor.

3. Por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia divulgue el significado de su amuleto a quienes pudieran preguntarle durante su misión de cien días.

4. Lea el «Informe de Dios» antes de acostarse, cada día, durante cien noches… y después duerma en paz, mientras el mensaje que ha leído penetra gradualmente hasta lo más profundo de su mente, que nunca duerme. No permita que ninguna razón o excusa interfiera con la lectura diaria de este documento, ni una sola noche.

Gradualmente, mientras los días se convierten en semanas, notará grandes cambios en su vida… al igual que los notarán quienes lo rodean. Al llegar el día número cien… usted será un milagro viviente… una persona nueva… llena de belleza, maravillas, ambición y capacidad.

Entonces, y sólo entonces, encuentre a alguien, que, al igual que su antigua persona, necesite ayuda. Dele a esa persona dos cosas: su amuleto secreto de trapero… y el «Informe de Dios».

Y déle algo más… al igual que yo se lo di a usted… déle amor.

Puedo ver el día en que observaremos a miles y miles de individuos usando nuestros amuletos de traperos. Las personas se encontrarán en los mercados, en la calle, en los templos, en las plazas públicas, en sus escuelas, y en sus trabajos y observarán los alfileres y telas de los otros y sonreirán a sus hermanos y hermanas… ya que cada uno sabrá que el otro se ha embarcado en la misma misión, en el mismo sueño, y que tienen un propósito común… cambiar su propia vida por una mejor y, así, unidos cambiarán el mundo.

Sin embargo, puedo profetizarle muchas situaciones difíciles, señor Og. Puede decidir finalmente publicar un libro en el cual incluirá el «Informe de Dios», y su editor le pedirá, sin que le quede otra salida que aceptar, que realice algunos viajes de promoción como lo ha hecho con sus demás libros. ¿Cómo explicará el «Informe de Dios», tomando en cuenta que será imposible probar que su creador, su autor realmente existió? Se le presentarán desafíos muy severos sobre su integridad y posiblemente estará en peligro su cordura debido a aquellos que se nieguen a aceptar su historia si la cuenta tal y como la vivimos. ¿Cómo culparles? No ha pasado mucho tiempo desde que los seres humanos eran crucificados, decapitados o quemados por mucho menos de lo que se le pedirá que diga con el fin de ser verídico con respecto a mí y al «Informe».

Sin embargo, lo dejo en sus manos con fe absoluta de que lo tratará como a un niño al que se ama. Sé cómo le gustan los retos, así que lo reto a que lo utilice; lo reto a que lo publique y lo desafío para que lo dé a conocer al mundo entero.

En una ocasión dijo haber tenido una premonición sobre mi persona. Al leer estas palabras sabrá que nunca nos volveremos a ver por lo menos durante mucho tiempo, No habrá más horas juntos en las que podamos saborear nuestro jerez en la paz y el calor de una gran amistad que no conoció las barreras del tiempo y del espacio. Lo dejo, por ahora, no con tristeza, sino con satisfacción y felicidad de haber caminado juntos, hombro con hombro, a través de este breve momento de eternidad. ¿Quién puede pedir más?

Algún día, cuando el mundo se le cierre, como sucederá de cuando en cuando, sírvase una copa de jerez y piense sobre su viejo trapero. Mis bendiciones le acompañarán siempre, y mi única petición es que continúe escribiendo sin importar las circunstancias que le rodeen. Todavía tiene mucho que decir. El mundo lo necesita. Los traperos lo necesitan. Yo lo necesito.

Uno de mis amigos más queridos, Sócrates, dijo, al final de su vida: «La hora de mi partida ha llegado, y seguimos nuestro camino… yo muero, y tú vives. Qué es mejor, sólo Dios sabe».

Señor Og, yo sé qué es mejor.

Vivir… es mejor.

Viva feliz… y con una paz duradera.

Con amor, Simon.

Hice a un lado su carta y observé las páginas escritas a máquina.

Tomé el alfiler de seguridad del cual pendía el pedazo de trapo blanco y puse el amuleto en la solapa.

Tomé mi calendario de cinco años y me lo acerqué.

Dibujé un círculo sobre la fecha y conté hasta cien, terminando bien entrado el año.

Tracé un círculo sobre el día número cien.

Hoy por la noche, antes de apagar la lámpara de noche, leería el «Informe de Dios» como me había indicado.

Tenía las manos unidas firmemente. Incliné la cabeza hasta que la frente tocó el escritorio.

¿Por qué estaba llorando? ¿Se debía a que Simon me había dejado? ¿Era porque había sospechado, demasiado tarde, su verdadera identidad? ¿O se debía a que sabía que mi vida, mis sueños, mi mundo, nunca serían los mismos, ahora que él había puesto sus manos sobre ellos…?

Capítulo 9

Informe de Dios

Para: Ti

De: Dios

Pide consejo.

Escucho tu lamento.

Éste atraviesa la oscuridad, se filtra entre las nubes, se mezcla con la luz de las estrellas, y encuentra su camino hacia mi corazón montado en un rayo del sol.

Me he angustiado al escuchar el lamento de una liebre atrapada en el cepo, por el gorrión que ha caído de su nido, por un niño que yace en una charca, o por el hijo que derrama su sangre en una cruz.

Sabe también que te escucho. Está en paz. Está tranquilo.

Tengo consuelo para tu pena, ya que conozco su causa… y su cura.

Lloras por todos tus sueños infantiles que se han desvanecido con los años.

Lloras por tu dignidad que ha sido corrompida por el fracaso.

Lloras porque tu potencialidad ha sido cambiada por seguridad.

Lloras por toda su individualidad que ha sido pisoteada por la gente.

Lloras por todo tu talento que ha sido desperdiciado por el mal uso.

Te consideras desgraciado y te volteas aterrado a causa de la imagen que ves en el estanque. ¿Quién es esta mofa humana que te observa con insensibles ojos de vergüenza?

¿Dónde está la gracia de tus modales, la belleza de tu figura, tu agilidad de movimientos, tu claridad de pensamiento, el esplendor de tu conversación? ¿Quién te robó tus bienes? ¿Conoces la identidad del ladrón como la conozco yo?

En una ocasión posaste la cabeza en una almohada de hierba en el campo de tu padre y observaste una catedral de nubes y supiste que, a su tiempo, todo el oro de Babilonia sería tuyo.

En una ocasión leíste muchos libros y escribiste muchas cuartillas, convencido, sin temor a equivocarte, que igualarías y superarías toda la sabiduría de Salomón.

Y las estaciones desembocarían en los años hasta la eternidad; serías el rey supremo en tu propio paraíso.

¿Recuerdas quién implantó en tu ser aquellos planes, sueños y semillas de esperanza?

No puedes recordarlo.

No recuerdas ese momento en el cual emergiste del vientre de tu madre y posé mi mano sobre tu suave frente.

¿Y el secreto que, murmure en tu pequeño oído cuando te concedí mis bendiciones?

¿Recuerdas nuestro secreto?

No puedes recordarlo.

El paso de los años ha destruido tus recuerdos, ya que ha llenado tu mente con el miedo, la duda, la ansiedad, el remordimiento, el odio, porque no hay lugar para los recuerdos agradables en donde habitan estas bestias.

No llores más. Estoy contigo… y este momento es la línea divisoria de tu vida. Todo eso que ha tenido lugar antes no fue más que un lapso parecido al que pasaste durmiendo en el vientre de tu madre. Lo pasado está muerto. Permite que los muertos entierren a sus muertos.

En este día regresas de tu muerte viviente.

Este día, al igual que Elías con el hijo de la viuda, me extiendo sobre ti tres veces y te devuelvo la vida.

En este día, al igual que Eliseo, con el hijo de la sunamita, pongo mi boca sobre la tuya, mis ojos sobre los tuyos y mis manos sobre tus manos, y tu carne recobra el calor.

En este día, al igual que Jesús en la tumba de Lázaro te ordeno que salgas de tu sepultura para empezar una nueva vida.

Éste es tu aniversario. Ésta es tu nueva fecha de nacimiento. Tu primera vida, al igual que en una obra de teatro era sólo un ensayo. Esta vez el telón está subido. Esta vez el mundo observa y espera para aplaudir. Esta vez no fallarás. Enciende tus velas. Comparte tu pastel. Sirve el vino. Has renacido,

Al igual que una mariposa al salir de su crisálida, volarás… vuela tan alto como desees, y ni las avispas ni las libélulas ni las cadenas de la humanidad obstaculizarán tu misión o búsqueda de las verdaderas riquezas dé la vida.

Siente mi mano sobre tu cabeza.

Atiende a mi sabiduría.

Déjame compartir contigo, otra vez, el secreto que escuchaste a la hora de tu nacimiento y que has olvidado.

Tú eres el milagro más grande.

Eres el milagro más grande del mundo.

Ésas fueron las primeras palabras que escuchaste. Después lloraste. Todos lloran.

Entonces no me creíste… y nada que corrija tu incredulidad ha pasado en los años intermedios. ¿Cómo podrías ser un milagro cuando te consideras un fracaso hacia las tareas más sencillas? ¿Cómo puedes ser un milagro cuando tienes poca confianza para manejar la más trivial de las responsabilidades? ¿Cómo es posible que seas un milagro cuando llega a estremecerte la duda y permaneces alerta sobre cómo obtener el alimento de mañana?

Es suficiente. La leche que se derrama es amarga. Sin embargo ¿cuántos profetas, cuántos sabios, cuantos poetas, cuantos artistas, cuántos compositores, cuántos científicos, cuántos filósofos y mensajeros he enviado para que te hablaran de tu divinidad, de tu potencialidad para asemejarte a mí, y los secretos para lograrlo? ¿Cómo les trataste?

Sin embargo, te sigo amando y estoy contigo ahora a través de estas palabras, para cumplir con el profeta que anuncia que el Señor posará nuevamente su mano, por segunda ocasión, para recuperar los indicios de su pueblo.

He posado mi mano nuevamente.

Ésta es la segunda vez.

Eres mi indicio.

Es inútil preguntar ¿no sabías, no escuchaste, no se te dijo desde el principio? ¿No entendiste la creación de la Tierra?

No has sabido; no has escuchado; no has entendido.

Se te ha dicho que eres una divinidad en desgracia, un dios que juega a hacer el tonto.

Se te ha dicho que eres una pieza especial del trabajo, noble en razón, infinito en facultades, expreso y

admirable en forma y movimiento igual que un ángel en acción, como un dios encarcelado.

Se te ha dicho que eres la sal de la tierra.

Se te dio hasta el secreto para mover montañas, para realizar lo imposible.

No le creíste a nadie. Quemaste tu mapa de la felicidad; abandonaste tu derecho a tener paz mental; apagaste las velas que habían sido colocadas a lo largo de tu ruta hacia la gloria, y después vacilaste, perdido y aterrado, en la oscuridad de la futilidad y la autocompasión, hasta que caíste en el infierno que era tu propia creación.

Entonces lloraste y golpeaste tu pecho y maldijiste la suerte que se había adueñado de ti. Rehusaste aceptar las consecuencias de tus propios pensamientos mezquinos e insignificantes acciones, y buscaste un chivo expiatorio a quien culpar de tu fracaso. ¡Con cuanta rapidez lo encontraste!

¡Me culpaste a mí!

¡Gritaste que tus defectos, tus mediocridades, tu falta de oportunidad, tus fallas… eran la voluntad de Dios!

¡Estabas equivocado!

Hagamos un inventario. Primero hagamos la cuenta de tus defectos. ¿Cómo voy a pedirte que construyas una nueva vida si no cuentas con las herramientas?

¿Estás ciego? ¿Sale y se mete el sol sin que tú lo atestigües?

No. Puedes ver… y los cien millones de receptores que deposité en tus ojos te permiten gozar de la magia de una hoja, de un copo de nieve, de un estanque, una águila, un niño, una nube, una estrella, una rosa, el arco iris… y la mirada del amor. Anota un don.

¿Estás sordo? ¿Puede reír o llorar un bebé sin que te des cuenta?

No. Puedes oír… y los veinticuatro mil filamentos que puse en cada uno de tus oídos vibran con el viento de la arboleda, con las marcas que chocan contra las rocas, con la majestuosidad de una ópera, con el canto de un petirrojo, con el juego de los niños… y con la palabra te amo. Anota otro don.

¿Eres mudo? ¿Se mueven tus labios y sólo emiten saliva?

No. Puedes hablar… ninguna otra de mis criaturas puede hacerlo, y tus palabras pueden calmar al enojado, animar al abatido, estimular al cobarde, alegrar al triste, acompañar al solitario, premiar al valeroso, alentar al vencido, enseñar al ignorante… y decir te amo. Anota otro don.

¿Estás paralítico? ¿Ocasiona tu invalidez que te despojen de tu tierra?

No. Te puedes mover. No eres un árbol condenado a una pequeña porción de tierra, mientras el mundo y el viento abusan de ti. Puedes pasear, correr, bailar y trabajar, ya que dentro de tu ser he diseñado quinientos músculos, doscientos huesos y siete mil nervios que están sincronizados para obedecerte. Anota otro don.

¿Ni amas ni te aman? ¿Te oprime la soledad día y noche?

No. Jamás. Ahora conoces el secreto del amor, que consiste en que para recibir amor debe entregarse sin reciprocidad. Amar por satisfacción u orgullo, no es amar. El amor es un regalo por el cual no se

exige nada a cambio. Ahora sabes que el amar sin egoísmo es su recompensa. Y aun cuando el amor no sea devuelto no está perdido, ya que el amor que no es recíproco regresará a ti y ablandará y purificará tu corazón. Anota otro don. Cuenta doble.

¿Es débil tu corazón? ¿Tiene que luchar y esforzarse para mantenerte con vida?

No. Tu corazón es fuerte. Pon tu mano sobre el pecho y siente su ritmo, bombeando hora tras hora, día y noche, treinta y seis millones de latidos al año, año tras año, despierto o dormido, impulsando la sangre a través de cien mil kilómetros de venas, arterias, y que llevan… más de dos millones de litros de sangre al año. El hombre jamás fue creado como una máquina. Anota otro don.

¿Estas enfermo de la piel? ¿Las personas se vuelven horrorizadas cuando te acercas?

No. Tu piel está limpia y es una maravillosa creación que sólo necesita que la cuides con jabón, aceite, cepillo y cariño. Con el tiempo todas las armaduras se oxidarán y aherrumbrarán, no así tu piel. Finalmente, hasta el más fuerte de los metales se deteriorará por el uso, más no la cubierta que he creado a tu alrededor. Se renueva constantemente; las células viejas son remplazadas por las nuevas, de igual forma que tu viejo ser es remplazado por el nuevo. Anota otro don.

¿Se están desbaratando tus pulmones? ¿Lucha un aliento de vida por poder entrar en tu cuerpo?

No. Las puertas a la vida te sostienen hasta en el más vil de los ambientes que tú has creado, y trabajan siempre para filtrar el oxígeno que da la vida a través de seiscientos millones de alvéolos que se encargan de librar a tu cuerpo de los desperdicios gaseosos. Ahora, anota otro don.

¿Está envenenada tu sangre? ¿Está diluida por el agua y la supuración?

No. En tus cuatro litros de sangre existen veintidós millones de células sanguíneas y dentro de cada célula existen millones de moléculas, y dentro de cada molécula hay un átomo que oscila más de diez millones de veces por segundo. Cada segundo mueren dos millones de tus células sanguíneas para ser remplazadas por dos millones más en una resurrección que ha continuado desde el día de tu nacimiento. De la forma en que esto ha sucedido siempre en tu interior, sucede ahora en tu exterior. Anota otro don.

¿Eres retrasado mental? ¿No puedes pensar por ti mismo?

No. Tu cerebro es la estructura más compleja del universo. Lo se. Dentro de sus mil o más gramos hay trece mil millones de células nerviosas, más de tres veces más células que personas habitan tu planeta. Para ayudarte a archivar cada percepción, cada sonido, cada sabor, cada olor, cada acción realizada por ti desde el día en que naciste, he implantado en tus células más de mil trillones de moléculas proteicas. Todos los sucesos de tu vida se encuentran ahí esperando a que los recuerdes. Y, para ayudar a tu cerebro en el gobierno de tu cuerpo, he dispersado en tu organismo cuatro millones de estructuras sensibles al dolor, quinientos mil detectores táctiles y más de doscientos mil detectores de temperatura. Ninguna nación protege sus reservas de oro mejor de lo que tú estas protegido. Ninguna de sus antiguas maravillas está mejor protegida que tú.

Tú eres mi creación más fina.

Dentro de tu ser existe la suficiente fuerza atómica para destruir cualquiera de las grandes naciones de tu mundo… y para reconstruirla.

¿Eres pobre? ¿No posees oro ni plata?

No. ¡Eres rico! Hemos contado juntos tu riqueza. Analiza la lista. Vuelve a contar. ¡Tasa tus bienes!

¿Por qué te has traicionado? ¿Por qué gritaste que, todos los dones de la humanidad te habían sido negados? ¿Por qué te engañaste pensando que eras débil para cambiar tu vida? ¿Careces de talento, sentidos, capacidades, placeres, instintos, sensaciones y orgullo? ¿Por qué te arrastras en las sombras, Como un gigante derrotado, esperando sólo el trasporte hacia la vacía y húmeda bienvenida del infierno?

Tienes demasiadas cosas. Tus dones se derraman de tu copa… y tú has sido negligente con ellos, como un niño echado a perder por los lujos, porque los he implantado en ti con regularidad y generosidad.

Contéstame.

Contéstate a ti mismo.

¿Qué hombre rico, viejo o joven, retardado o inútil no cambiaría todas sus riquezas por los dones que tú has tratado tan a la ligera?

Conoce entonces el primer secreto de la felicidad y el éxito… que posees aún ahora, todos los dones necesarios para obtener la gran gloria. Esos son tus tesoros, tus herramientas con las cuales construir, empezando hoy, la base para una nueva y mejor vida.

Por lo tanto, haz como te digo; cuenta tus dones y está consciente de que eres mi creación más grande. Ésta es la primera ley que debes obedecer para realizar el milagro más grande del mundo, el regreso de tu humanidad de la muerte viviente.

Y agradece las lecciones aprendidas de la pobreza. El pobre no es el que tiene poco, sino el que desea mucho… y la verdadera seguridad descansa no en las cosas que uno posee sino en las cosas que puede hacer sin ellas.

¿Dónde están los defectos que ocasionaron tu fracaso? Sólo existen en tu mente.

Cuenta tus dones.

Y la segunda ley se parece a la primera. Ten conciencia de tu individualidad.

Te has condenado a una fosa común, y ahí permaneces, incapaz de perdonar tu propio error, destruyéndote con odio hacia tu ser, autoincriminación, repulsión hacia los crímenes que has cometido contra ti y contra otros.

¿No estas perplejo?

¿No te preguntas por qué soy capaz de perdonar tus faltas, tus trasgresiones, tu vergonzoso comportamiento… aun cuando, tú no puedes perdonarte?

Ahora me dirijo a ti por tres razones. Me necesitas. No eres una horda de destrucción dentro de una masa gris de mediocridad. Y… eres una gran rareza.

Analiza una pintura de Rembrandt, o un bronce de Degas o un violín de Stradivarius o una obra de Shakespeare. Son de mucho valor por dos razones: sus creadores eran maestros y son pocos en cantidad. Sin embargo, existe más de uno en cada especialidad,

Siguiendo este razonamiento, eres el tesoro más valioso en la superficie de la tierra, pues sabes quién te creó y no hay nadie como tú.

Nunca ha habido entre los setenta mil millones de seres humanos que han caminado sobre el planeta

desde que éste fue creado, un ser que haya sido exactamente igual a ti.

Nunca, hasta el fin del mundo, habrá otro igual a ti.

No has mostrado conciencia o aprecio de tu individualidad.

Más, eres una creación única en el mundo.

De tu padre emanaron en su momento de amor supremo, un sinnúmero de semillas de amor, más de cuatrocientos millones. Todas ellas, mientras nadaban dentro de tu madre, entregaron el alma a Dios y murieron. ¡Todas, excepto una! Tú.

Sólo tu perseveraste dentro del amoroso calor del cuerpo de tu madre, buscando tu otra mitad, una sola célula de tu madre, tan pequeña que se necesitarían más de dos millones de estas para llenar una bellota. Sin embargo, a pesar de las imposibilidades, y el vasto océano de oscuridad y desastre, Perseveraste, encontraste la célula infinitesimal, te uniste a ella y empezó una nueva vida. Tu vida.

Llegaste, trayendo contigo, como lo hacen todos los niños, el mensaje que dice que no me he desilusionado del hombre. Dos células, ahora unidas en un milagro. Dos células, cada una con veintitrés cromosomas y en cada cromosoma cientos de genes que regirán cada característica tuya, desde el color de tus ojos hasta el encanto de tus modales y el tamaño de tu cerebro.

Con todas las combinaciones bajo mi gobierno, empezando por ese espermatozoide solitario de entre cuatrocientos millones, de tu padre, hasta los cientos de genes en cada uno de los cromosomas de tus padres podría haber creado trescientos billones de seres, siendo cada uno diferente.

¿Pero, a quién cree?

¡A ti! Único en su clase. Único entre los únicos. Un premio sin precio, poseedor de cualidades en mente, habla, movimiento, apariencia y acciones que nunca tuvo otro ser que haya vivido, viva o viviere.

¿Por qué te has valorado en centavos cuando tu valor es comparable a la riqueza de un rey?

¿Por qué escuchaste a quienes te menospreciaron?… y, peor aun ¿por qué les creíste?

Recuerda. No sigas escondiendo tu individualidad en la oscuridad. Sácala. Muéstrala al mundo. Esfuérzate por no caminar como tu hermano, ni a hablar como habla tu dirigente, ni a trabajar como trabaja el mediocre. Nunca hagas lo que otro. Nunca imites a nadie. Como ya sabes, no debes imitar al malo, pues el que lo imita, siempre lo supera, mientras que quien imita al bueno siempre se queda corto… No imites a nadie. Sé tú mismo. Muestra al mundo tu individualidad y él te bañará en oro. Ésta es, pues, la segunda ley.

Proclama tu individualidad.

Y ahora has recibido dos leyes.

¡Cuenta tus dones! ¡Proclama tu individualidad!

No tienes trabas. No eres mediocre.

Haces una señal afirmativa. Fuerzas una sonrisa. Admites tu propia decepción.

¿Y tu próxima queja? ¿La oportunidad nunca te busca?

Acepta el consejo, y esto pasará, ya que ahora te doy la ley del éxito en todo. Hace muchos siglos se dio esta ley a tus antepasados desde la cima de una montaña. Algunos siguieron la ley y se salvaron; sus vidas estaban llenas con el fruto de la felicidad, el cumplimiento, el oro y la paz mental. La mayoría no escuchó, ya que buscaba medios mágicos, rutas tortuosas, o esperó a que el demonio llamado suerte le mandara las riquezas de la vida. Esperó en vano… igual que tú esperaste, y después lloró, del mismo modo que tú, culpándome por su falta de suerte.

Esta ley es sencilla. joven o viejo, mendigo o rey, blanco o negro, hombre o mujer… todos pueden utilizar el secreto en provecho propio, ya que de todas las normas, pláticas y escritos sobre el éxito y cómo lograrlo, solamente un método nunca ha fallado… si alguien te pide que le acompañes a caminar un kilómetro… acompáñalo dos.

Entonces, ésta es la tercera ley… el secreto que producirá riquezas y te proyectará más allá de tus sueños. ¡Sigue adelante otro kilómetro!

El único medio cierto de triunfar es rendir más y mejor de lo que se espera de ti, sin importar de que se trate. Éste es un hábito seguido por todas las personas de éxito desde el principio de los tiempos. Por lo tanto, te digo que el camino más seguro para condenarte a la mediocridad es realizar sólo el trabajo por el que se te paga.

No pienses que te están engañando si rindes más de lo que se te paga, ya que hay un péndulo para toda la vida y lo que trabajes, si no te es recompensado ahora, lo será mañana multiplicado por diez. El mediocre nunca camina otro kilómetro, ya que piensa que no vale la pena seguir adelante. Pero tú no eres mediocre. Caminar otro kilómetro es un privilegio del que debes apropiarte por iniciativa propia. No puedes, no debes evitarlo. El descuido de sólo hacer lo que hacen los demás, y la responsabilidad de tu fracaso son únicamente tuyos.

Ya no puedes servir recibiendo sólo la compensación que en principio será entregada, sin sufrir la pérdida de la recompensa. La causa y el efecto, medios y fines, semilla y fruto, no pueden estar separados. El efecto es la causa, el fin preexiste en los medios y el fruto está siempre en la semilla.

Camina otro kilómetro.

No te preocupes por ti mismo, ya que así servirías a un amo desagradecido. Sírvelo más.

Y en lugar de él, deja que sea yo el que está endeudado, y así sabrás que cada minuto, cada servicio extra, será remunerado. Mientras mayor sea el pago retenido, mejor será para ti… y el interés compuesto en el interés compuesto es el beneficio más grande de la ley.

No puedes ordenar el éxito, sólo puedes merecerlo… y ahora conoces el gran secreto necesario para merecer su extraña recompensa.

¡Camina otro kilómetro!

¿En dónde se encuentra el campo desde el cual gritaste que no existía una oportunidad? ¡Observa! Mira a tu alrededor. Ve que, en donde sólo ayer te revolcabas en la autocompasión, ahora caminas erguido sobre una alfombra de oro. Nada ha cambiado… excepto tú, pero tú lo eres todo.

Eres mi milagro más grande.

Eres el milagro más grande del mundo.

Y ahora las leyes de la felicidad y el éxito son tres.

¡Cuenta tus dones! ¡Proclama tu individualidad! ¡Camina otro kilómetro!

Sé paciente con tu progreso. Para contar tus dones con gratitud, para proclamar tu individualidad con orgullo, para caminar un kilómetro más y después otro, estos actos no pueden hacerse en un abrir y cerrar de ojos. Pues lo que obtienes con mayor dificultad, lo retienes durante más tiempo; como aquellos que ganan una fortuna son más cuidadosos con ella que aquellos que la heredan.

Y no temas entrar a tu nueva vida. Toda adquisición noble se obtiene con sus riesgos. Quien teme encontrar algo, no debe esperar obtener lo otro. Ahora sabes que eres un milagro. Y no existe el temor en un milagro.

Sé orgulloso. No eres un capricho momentáneo de un creador descuidado que hace experimentos en el laboratorio de la vida. No eres un esclavo de fuerzas que no puedes comprender. Eres una manifestación libre de mí ser, de mi amor. Fuiste creado con un propósito.

Siente mi mano. Escucha mis palabras.

Me necesitas… y yo te necesito.

Tenemos un mundo que reconstruir… y si se necesita de un milagro ¿qué es eso para nosotros? Ambos somos milagros y ahora nos tenemos el uno al otro.

Jamás he perdido la fe en ti desde aquel día en que por primera vez te salvé de la ola gigantesca y te arrojé desamparado sobre la playa. De la forma en que mides el tiempo, esto tuvo lugar hace más de quinientos millones de años. Hubo muchos modelos, muchos cortes, muchas tallas antes de que alcanzara la perfección en ti, hace más de treinta mil años. No he hecho un esfuerzo posterior para mejorarte a últimas fechas.

¿Pues cómo voy a mejorar un milagro? Eras una maravilla que contemplar y me sentía satisfecho. Te di este mundo y el dominio sobre el. Después, para que fueras capaz de alcanzar el máximo de tu potencial, posé mi mano sobre ti, una vez más, y te doté de poderes desconocidos para todas las demás criaturas, del universo, aun hasta hoy.

Te di el poder de pensar.

Te di el poder de amar.

Te di el poder de determinar.

Te di el poder de reír.

Te di el poder de imaginar.

Te di el poder de crear.

Te di el poder de planear.

Te di el poder de hablar.

Te di el poder de rezar.

Mi orgullo es que no conocías ataduras. Eras mi creación última, mi mayor milagro. Un ser vivo completo. Uno que puede adaptarse a cualquier clima, a cualquier trabajo pesado, a cualquier desafío. Uno que puede crear su propio destino sin ninguna interferencia por mi parte. Uno que puede

traducir cualquier sensación, o percepción, no por el instinto, sino mediante el pensamiento y el análisis en cualquier acción que sea mejor para él y para toda la humanidad.

Así pues, llegamos a la cuarta ley del éxito y la felicidad… ya que te di un poder más, un poder tan grande que ni los ángeles lo poseen.

Te di… el poder de elección.

Con este regalo te situé por encima de mis ángeles… ya que los ángeles no son libres para escoger el pecado. Te di dominio total sobre tu propio destino. Te dije que determinaras por ti mismo tu propia naturaleza de acuerdo, con tu propia voluntad. No siendo ni divino ni terrestre por naturaleza fuiste libre de modelarte en la forma en que prefirieras. Poseías el poder de elección para degenerar en la forma más baja de vida, pero también tenías el poder, fuera del juicio de tu alma, de renacer en la forma más elevada, que es divina.

Nunca te he quitado tu gran poder, o sea, el de elección.

¿Qué has hecho con esta tremenda fuerza? Mírate. Piensa en las elecciones que has hecho en tu vida y recuerda, ahora, aquellos amargos momentos en los que caerías de rodillas si tan sólo tuvieras la oportunidad de elegir nuevamente.

Lo pasado, pasado está… y ahora conoces la cuarta gran ley para la felicidad y el éxito… Usa sabiamente tu poder de elección.

Elige amar… en lugar de odiar.

Elige reír… en lugar de llorar.

Elige crear… en lugar de destruir.

Elige perseverar… en lugar de renunciar.

Elige alabar… en lugar de criticar.

Elige curar… en lugar de herir.

Elige dar… en lugar de robar.

Elige actuar… en lugar de aplazar.

Elige crecer… en lugar de consumirte.

Elige bendecir… en lugar de blasfemar.

Elige vivir… en lugar de morir.

Ahora sabes que tus desventuras no eran mi voluntad, ya que todos los poderes empleados sobre ti, y el monto de acciones y pensamientos que te situaron en el rechazo de la humanidad eran lo que tú hacías, no yo. Mis regalos de poder eran demasiado grandes para tu pequeña naturaleza. Ahora te has vuelto grande y sabio, y los frutos de la tierra serán para ti.

Eres algo más que un ser humano, eres un ser humano digno.

Eres capaz de realizar maravillas. Tu potencialidad es ilimitada. ¿Cuál otra de mis criaturas ha dominado al fuego? ¿Cuál otra de mis criaturas ha conquistado la gravedad; ha caminado por los cielos; ha dominado la enfermedad, la peste y la sequía?

¡Nunca menosprecies nuevamente a tu persona!

¡No te rebajes por las cosas insignificantes de la vida! ¡Nunca ocultes tus talentos, de ahora en adelante!

Recuerda al niño que dijo: «Cuando sea un niño grande». ¿Pero que es eso? Los niños grandes dicen: «Cuando crezca». Y los adultos dicen: «Cuando me case». Pero ¿después de todo, que es estar casado? El pensamiento entonces cambia a: «Cuando me jubile». Y entonces, llega la jubilación y observa el panorama de lo hecho; un viento helado pasa sobre eso y de alguna forma lo ha perdido y se ha ido.

Disfruta este día, hoy… y mañana disfruta mañana.

Has realizado el milagro más grande del mundo.

Has regresado de la muerte viviente.

Nunca más sentirás autocompasión y cada nuevo día será un desafío y una alegría.

Has nacido nuevamente… pero igual que antes puedes elegir entre el fracaso y la desesperación o el éxito y la felicidad. La elección es tuya. La elección es exclusivamente tuya. Yo sólo puedo observarte, como antes… orgulloso… o apenado.

Recuerda entonces las cuatro leyes de la felicidad y el éxito.

Anota tus dones.

Proclama tu individualidad.

Camina otro kilómetro.

Usa sabiamente tu poder de elección.

Y algo más, para complementar las otras cuatro leyes.

Haz todo con amor… amor por ti, amor por otros y amor por mí.

Seca tus lágrimas. Sal, toma mi mano y mantente erguido.

Permíteme quitarte las mortajas que te atan.

Este día ha sido notificado.

Tú eres el milagro más grande del mundo.

Capítulo 10

¡Todas las fiestas navideñas de las oficinas deberían ser abolidas! No existe forma de prevenir que por lo menos una pobre alma trate de enterrar sus represiones o melancolía por las fiestas mediante la bebida que termina o con una escena de la cual se arrepentirá más tarde o con una pelea sobre el derecho de

introducirse en un automóvil y matarse o matar a un inocente. Ya se. He actuado de esa misma forma estúpida un par de veces… hace algún tiempo.

Más aún, el «tinto espumoso» deja huellas permanentes en las alfombras de la oficina que son imposibles de limpiar por completo.

Cada año, tomo la decisión, generalmente el primer día de trabajo después de Navidad, de que al año siguiente no habrá fiesta en nuestra oficina. En su lugar daremos ese dinero gastado tontamente, a algún fondo para familias necesitadas. Y cada año, cuando se empiezan a formar comités para planear «la fiesta» me debilito, pido que «no se discuta» y permito que vuelva a suceder.

Así pues… tomé un par de copas y traté de sonreír durante el tonto intercambio de regalos mientras que, un tocadiscos emitía una versión aburrida y monótona de Blanca Navidad. Después caminé por la oficina, dando palmadas en los hombros y besando mejillas, sintiéndome como un detective casero, asegurándome constantemente de que todos deberían irse directamente hasta sus casas sin paradas en los moteles o violaciones de tránsito.

Finalmente se terminó el vino y la oficina se vació rápidamente, dejando a su paso una colección de desperdicios que sólo sería limpiada si dejaba un billete de veinte dólares para el encargado de la limpieza. Esta suma ya se encontraba junto con una tarjeta de navidad sobre el escritorio de Pat con el fin de que no pasara desapercibido.

Llevé a mi oficina mi última copa de vino y caí fatigado sobre un sillón, depositando mi copa sobre un cenicero. Me encontré a mí mismo observándolo, prácticamente hipnotizado. Simon. Todas esas copas de jerez que llenamos y vaciamos juntos. Simon. Simon. ¿En dónde está?

Repentinamente tome una decisión y me dirigí hacia mi escritorio. Presioné la letra F de mi agenda telefónica y encontré el número de teléfono de Fred Fell. Marqué el teléfono. Reconoció mi voz cuando dije:

—Felicidades.

—No sabe el gusto que me da escucharlo, Og. ¿Cómo está el tiempo en Chicago?

—Está nevando.

—Aquí ha estado lloviendo desde hace dos días. Creo que Long Island se está hundiendo.

—Vaya a Miami.

—Creo que ya es demasiado tarde. ¿qué le sucede?

—Acabamos, de tener la fiesta de Navidad en la oficina…

—¿…y ha bebido un poco y se ha puesto sentimental y se acordó de su viejo editor?

—Todo eso y algo más.

—Dígame.

—Estoy listo para escribir otro libro.

—No Puedo creer lo que estoy oyendo. Estaba empezando a creer que se encontraba tan ocupado,

contando su dinero y con las entrevistas al igual que Gore Vidal, que ya no tenía tiempo para escribir. ¿Qué quiere hacer? ¿De qué se trata el libro?

—No se lo voy a decir. No hay forma de explicárselo ni por teléfono ni en persona. Sólo sé que voy a escribirlo.

—¿Ya tiene título?

—El milagro más grande del mundo.

—Me gusta. ¿cuál es el gran milagro?

—No pregunte.

—¿Va a ser algo similar al Vendedor más grande del mundo?

—Será mejor. Éste no lo tengo que inventar.

—Está bien, Og. Sé que no debo presionarlo. ¿Quiere firmar un contrato?

—No hay prisa, Hágalo cuando tenga tiempo.

—¿Con los mismos términos que el anterior?

—Perfecto.

—¿Qué fecha fijo para la entrega del manuscrito?

—Fíjela para el… treinta y uno de enero de mil novecientos setenta y cinco.

—Eso será dentro de un año y un mes. ¿Necesita tanto tiempo?

—Sí.

—Muy bien. Tómelo como un hecho. ¡Que relación tenemos! Me pregunto cuántos editores más llevan a cabo contratos como éste, aun sin siquiera saber lo que están adquiriendo.

—Mailer, Wallace, Updyke, Fowles, Michener, Herriot…

—Feliz Navidad, Og.

—Igualmente, Fred. Le aprecio.

—Y yo a usted

Cuando dejé la oficina estaba muy oscuro y seguía nevando y a todo lo largo del estacionamiento podían verse huellas dé pisadas. Sentí un vacío interior que me quemaba, y conocía perfectamente el porque. Más allá del estacionamiento podía observar la oscura sombra del apartamento en el que había pasado tantas horas felices, su estructura se dibujaba aquí y allá con cuadros de luz que brillaban a través de la nieve que caía.

Justamente en ese momento podríamos estar deseándonos Feliz Navidad, brindando, y su hermosa voz

me estremecería mientras abría cualquier regalo tonto que le hubiera dado. Simon. Simon.

—Le extraño. Le extraño mucho.

Le estaba hablando en voz alta… al viento y a la nieve. Entonces empecé a luchar contra unos sollozos que parecían provenir de lo más profundo de mi garganta. Me sentí absolutamente solo… y perdido.

Finalmente me forcé a mi mismo para terminar con eso. Tenía que llegar a casa, Todavía tenía que hacer unas compras. La vida sigue adelante.

Busqué torpemente las llaves del automóvil y lo abrí. Mientras daba vuelta a la llave de encendido sentí la necesidad apremiante de tomar otra copa. Pero sabía lo que podía suceder: puede continuarse hasta la copa numero veinte… y no importaba en cuantas cantinas buscara a Simon, no le encontraría.

Conduje el automóvil directamente hacia la salida mientras las llantas crujían sobre la nieve recién caída. Bajé la ventanilla e introduje la llave en la caja que activaba la barra. Ésta rechinó y se elevó con lentitud hacia el cielo. Puse la velocidad y aceleré lentamente al pasar sobre el tope de asfalto. La parte delantera de mi automóvil señaló hacia arriba ligeramente al pasar por la parte más alta del tope y los faros del automóvil bañaron con su luz la ventana del apartamento del segundo piso, que estaba a oscuras.

Me froté los ojos y sacudí la cabeza. Volví a observar. Los faros del automóvil habían convergido en una sola luz sobre el macetero.

¡Dios mío!

En el macetero había una planta… se movía cariñosamente entre la nieve que caía…

…¡Una planta muy hermosa!

…¡Una flor aristócrata!

…Un geranio rojo de cristal.